

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
VIAJE al
INFINITO
por P. DANGER


P. DANGER
VIAJE AL INFINITO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal. V. 2816.—1961.

Núm. de regstro.: 5614.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO I
NAUFRAGIO ESPACIAL

La nave -la «Osterwold», de la Compañía Interespacial Terrestre-, regresaba a la Tierra desde Saturno, con un cargamento de ciento sesenta y cinco pasajeros y cuarenta mil toneladas en minerales saturnianos, con un valor éstas últimas de más de quinientos millones de dólares.

La «Osterwold» era una inmensa nave espacial, una de las mayores, más potentes y de más alcance de las construidas hasta entonces. Medía quinientos metros de largo por unos doscientos de ancho, y su forma era aproximadamente la de un zepelín, con un cuadro de toberas posterior que comprendía cuatro tubos impulsores, de bloque, y ocho más de dirección, divididos en dos series de distinto ángulo de inclinación. Era una nave enteramente espacial, ya que nunca aterrizaba en ningún planeta ni podía hacerlo. Mixta, de carga y pasajeros, realizaba el servicio regular entre Saturno y la Tierra, con un viaje de ida y vuelta cada seis meses.

Hacía dos días ya que había partido de su órbita espacial en torno al planeta de los anillos, y esos dos días habían transcurrido con la máxima normalidad. Nada hacía prever que pudiera ocurrir nada desacostumbrado en aquel viaje. Sin embargo...

Aquella tarde -tarde en el sentido que puede tomarse en pleno espacio-, el capitán Edward Taylor se dispuso a tomar el mando de la nave en su turno de guardia. Se abrochó los últimos botones de la guerrera, dio un leve tirón a las bocamangas, y salió de su camarote, cerrando la puerta a sus espaldas.

En el pasillo se tropezó con Upson, el astrofísico, que acababa de ser relevado y se dirigía a su camarote para descansar. Intercambiaron saludos. Siguió hacia la sala de mandos, y penetró en ella.

Bryan Shutters, el segundo de la nave, que en aquellos momentos ocupaba su puesto, se levantó al verle entrar.

-¿Alguna novedad?

-Nada en absoluto; todo sigue tranquilo. Me voy a dormir un rato.

-De acuerdo; que descanses.

El hombre se retiró, y el capitán se sentó en el sillón de mandos, observando los diversos indicadores. Hizo una pregunta:

-¿Desviación?

-Tres décimas de grado en dirección al Sol -respondió el piloto-; un meteorito. Se ha rectificado a las diecisiete catorce, con compensación. Ya está hecha la anotación en el libro de rumbos.

-De acuerdo; pásame los datos.

El piloto le entregó una hoja de papel y Edward la tomó, observando sus anotaciones. Se dirigió hacia el gran mapa espacial que ocupaba casi todo un panel de la pared lateral, hizo algunos cálculos, y los aplicó a la línea de rumbo. Dejó escapar un leve gruñido.

-El viaje se retrasará una hora más -murmuró.

El piloto se encogió de hombros.

-¿Y qué importa? Cuando lleguemos a los asteroides probablemente se retrasará aún más. Además, ninguno de los pasajeros lo notará; todos están lo bastante divertidos como para que nadie se dé cuenta de ello.

Edward gruñó algo. Sí, estaban bastante divertidos. Los pasajeros tenían a bordo de la «Osterwold» todas las comodidades posibles, todos los

juegos, todos los deportes. Incluso piscina por si querían bañarse. Ir a Saturno era, en aquellos tiempos, un lujo que sólo las personas ricas podían permitirse. Era lógico, por lo tanto, que se les ofreciera las máximas comodidades.

Pero existían los asteroides...

El viaje desde Saturno a la Tierra sería un viaje normal, de no existir ellos. Como se sabe, esta franja de pedruscos espaciales que forma los asteroides separa los dos planetas Marte y Júpiter, y sus órbitas son en su mayoría tan excéntricas con respecto a estos dos planetas, que hacen que ocupen más de la mitad de la distancia que los separa. El viaje por entre ellos ha de ser cuidadosamente controlado por aparatos especiales, que sólo las naves llamadas trans-asteroidales llevan en sus equipos. Durante el paso por los asteroides se suspende toda actividad en la nave. Excepto en la cámara de control y los equipos de los motores, todos los demás ocupantes han de permanecer en sus camarotes, tendidos y atados en sus sillones antiaceleración, a fin de evitar perturbaciones en su organismo durante los frecuentes virajes que la nave ha de hacer para evitar las órbitas de los «pedruscos».

Sin embargo, hasta que la nave llega al límite de los asteroides, el viaje transcurre con relativa tranquilidad, incluso con monotonía. No existe ningún peligro, salvo casos excepcionales. Y la gente puede divertirse a sus anchas, sin temor de que ocurra nada desagradable que no les sea avisado a tiempo.

Edward sabía todo esto. Trece años pasados al servicio de aquella nave espacial, pasando desde la simple categoría de manipulador (el que manipula los mandos de observación y ojeo, de acuerdo con las órdenes que recibe de sus superiores), hasta capitán, pasando por las diversas categorías, le habían dado una experiencia difícil de superar. Ninguna nave tenía secretos para él, y menos aún aquélla. Conocía todas las emergencias que se podían presentar, y el modo de resolverlas.

Sin embargo...

Después de hacer una revisión general de los mandos, Edward se dispuso a hacer el recorrido habitual diario por todas las dependencias de la nave. Indicó que se le avisara si se presentaba algo anormal, y salió de la cámara.

Recorrió las dos cubiertas superiores, dedicadas enteramente al

personal, y pasó a las cuatro siguientes, destinadas todas ellas a los pasajeros. A medida que las recorría iba saludando con leves inclinaciones de cabeza a los pasajeros que se encontraba. A la mayoría de ellos no los conocía, pero también les saludaba; era una de sus obligaciones.

Pasó a las dos enormes cubiertas inferiores, las más cercanas a los motores, dedicadas a carga. Allí se encontraba toda la carga que llevaba la nave: cuarenta mil toneladas de minerales saturnianos, todos ellos de gran demanda en la Tierra. Su valor sobrepasaba los quinientos millones de dólares. Un buen negocio para la compañía que los explotaba.

En la parte de los motores, se estuvo unos momentos hablando con los encargados de su vigilancia. Luego, cuando hubo constatado que todo estaba en orden, regresó hacia arriba.

En la cubierta inferior de pasajeros, dedicada por entero a salones de esparcimiento, bastante gente, hombres y mujeres, se entretenían jugando al tenis, al golf, nadando, dedicando su atención a los juegos de salón, bebiendo... Uno de los pasajeros, un hombre gordo, rollizo, de cara encendida, casi calvo, le llamó cuando pasó por su lado.

-Buenas tardes, capitán. ¿Cómo va el viaje?

-Excelente. Un poco aburrido quizás.

El hombre levantó un dedo, en el que lucía un enorme anillo.

-¡Oh, yo no diría nunca eso! Aquí veo que todo el mundo se divierte.

-Por supuesto, pero nosotros, los tripulantes, no podemos divertirnos tan a menudo como ustedes, los pasajeros. También tenemos que trabajar.

-Inconvenientes del oficio. ¿Me acepta una copa de algo, capitán?

Edward levantó una mano.

-Se lo agradezco, pero no puedo aceptar ahora. He de regresar a la cámara de mandos. Si acaso en otra ocasión.

El hombre volvió a esgrimir su dedo.

-De acuerdo, capitán; quedo señalado como una deuda de honor. Puede venir a tomarla cuando quiera, antes de que lleguemos a la Tierra.

Edward le prometió tenerlo en cuenta, y continuó su camino. Anduvo unos pasos...

Y entonces fue cuando el intercomunicador de la nave empezó a llamarle:

-Sala de mandos llamando a capitán. Sala de mandos a capitán.

Rogamos se persone en ella con la máxima urgencia posible. Repetimos...

Aquello le hizo saber que sucedía algo, si no anormal, sí al menos desusado. Se metió rápidamente en el primer ascensor, y subió a toda velocidad hasta la última cubierta.

Cuando penetró en la cámara de mandos todos sus ocupantes, excepto el piloto, se encontraban inclinados sobre el aparato radiotransmisor. Se acercó allí:

-¿Qué es lo que sucede?

-Una llamada de socorro que acabamos de captar, capitán -informó Hilmax, el radiotelegrafista-. Procede de una nave.

Edward observó el papel en el que Hilmax había anotado la llamada, y lo leyó.

-El «Argonaute» -murmuró.

-Una nave de pasajeros -explicó el piloto, que había consultado los archivos de naves para informarse sobre la nave siniestrada-. Realiza la ruta regular de la Tierra a Júpiter.

-Ha informado que les estalló el motor izquierdo -aclaró el radiotelegrafista-. Se encuentra sin gobierno, girando en un círculo cerrado de diecisiete mil kilómetros de radio. No pueden arreglar la avería. Han logrado cerrar las compuertas estancas que aíslan el motor averiado, pero necesitan ayuda rápida o la radiactividad se extenderá de todos modos.

-¿Ha habido algún muerto?

-Sí, cuatro, de los encargados de máquinas. Además tres pasajeros y siete tripulantes heridos por la radiación.

-Un accidente de bastante importancia. ¿Cuántos pasajeros llevan?

-Ciento doce. Entre ellos ha cundido el pánico y es muy difícil dominarlos. Piden ayuda inmediata.

Edward asintió.

-¿A qué distancia se encuentran de nosotros?

El piloto se lo indicó en el plano espacial; a medio camino entre los asteroides y Júpiter, a una distancia de unos veinte millones de kilómetros de ellos.

-Unas veinte horas de viaje -indicó-, y una desviación de cuarenta y tres grados de nuestro rumbo.

-No importa -respondió Edward-. Acudiremos en su ayuda. Preparen

todo lo necesario.

* * *

Las ordenanzas del espacio especificaban muy claramente cuándo tenía que acudirse en ayuda de una nave siniestrada en el espacio y cuándo podía hacerse caso omiso de sus llamadas de socorro. Si la nave que había sufrido el percance transportaba pasajeros, debía prestársele ayuda en todo caso, sin ninguna excusa, si la nave que recibía la llamada era de carga o de exploración; y solamente en caso de que el acudir en su auxilio no representara un peligro demasiado grande, si la otra nave transportaba también pasajeros. Si la nave siniestrada era de carga o de exploración, no existía obligación ineludible de acudir en su ayuda si la nave que recibía el S.O.S. era de pasajeros. Con todo, era preciso en todos los casos poner en conocimiento de la llamada a todos los puestos y bases cercanas al lugar donde había ocurrido el naufragio espacial, a fin de que pudiera prestársele a la nave siniestrada la ayuda requerida en el menor tiempo posible.

Edward Taylor sabía todo eso. Como capitán de una nave de pasajeros, sabía que no tenía ninguna obligación inexcusable de acudir en ayuda de la nave siniestrada. Con poner en conocimiento a las bases más cercanas de aquel lugar, las de Saturno, Marte y la retransmisora de los asteroides, del hecho, habría cumplido con su deber.

Pero Edward Taylor sabía también cuál era su deber de capitán y de hombre. No existía ningún peligro demasiado expuesto que pudiera impedirle acudir en auxilio del «Argonaute». Hubiera sido, por lo tanto, una cobardía seguir adelante sin hacer caso de las llamadas de la otra nave.

A través del intercomunicador se puso en comunicación con Bryan Shutters, ordenándole que acudiera lo más rápidamente posible a la cámara de mandos. Luego se dirigió hacia los altavoces generales de la nave, y los conectó.

-Atención -exclamó a través del micrófono-, atención a todos los pasajeros. Les habla el capitán. Hemos recibido una llamada de socorro de la nave «Argonaute», que ha sufrido una avería irreparable a poca distancia de nosotros. En ella van ciento doce pasajeros, por lo que vamos a acudir en su ayuda. Dentro de unos veinte minutos vamos a proceder al cambio de rumbo necesario para acercamos a ella. Les agradeceré se sirvan dirigirse a sus camarotes, ocupando sus respectivos sillones antiaceleración. Cuando llegue

el momento del viraje les avisaremos; será sólo cosa de pocos minutos. Lamento la molestia que ello les ocasionará, pero espero sabrán comprender los motivos que nos obligan a ello. Muchas gracias.

Cortó, y se dirigió hacia el radiotelegrafista.

-Comunique con el «Argonaute» e indíqueles que vamos en su ayuda. Luego llame a las bases de Saturno, Marte y la retransmisora de los asteroides y déles una información completa de lo que ocurre, indicándoles nuestra posición y la de la otra nave.

De nuevo ante el micrófono del intercomunicador, lo conectó al departamento de tripulación.

-Atención, les habla el capitán. Supongo habrán oído lo que sucede. Diríjanse todos los que no estén de servicio al departamento de pasajeros, y ayúdenlos en todo lo que le sea posible. Si les preguntan algo sobre lo que sucede, indíquenles que no es nada. Acudiremos a recoger a los pasajeros de la otra nave, y seguiremos después nuestro rumbo. Vigilen para que se cumplan lo más estrictamente posible las indicaciones que he dado. Corto.

En aquel momento penetró en la cámara Shutters, renegando en voz baja de su mala suerte. ¿Por qué habría tenido que ocurrir aquello durante su período de descanso? -se decía. No había derecho. Fue a ocupar su sitio, y se enfrascó enseguida en su trabajo.

Edward cerró el contacto del intercomunicador, y se acercó al piloto, que acababa de calcular la nueva ruta.

-¿Cómo va eso? -preguntó.

-Terminado ya. Debemos virar veintitrés grados en hipérbola, en dirección a la constelación del Toro, con una disminución de un quinto de la velocidad. Nuestras órbitas se encontrarán aquí -y señaló un punto sobre el mapa espacial-, dentro de diecinueve horas y cuarenta y tres minutos.

-De acuerdo. Bryan, prepáralo todo, y comunica a motores que estén preparados para reducir la velocidad cuando se lo indiquemos. Que presten atención a nuestras órdenes.

Shutters asintió. Edward regresó junto al radiotelegrafista, y éste le informó:

-El «Argonaute» ha captado el mensaje. Todavía no he recibido las respuestas de Saturno y Marte, pero la de los asteroides acaba de llegar. Comunican que transmitirán el informe a la Tierra.

-De acuerdo.

Se volvió, y en aquel momento alguien penetró en la cabina.

Edward lo reconoció al instante como el mismo hombre con el que intercambiara unas palabras en la cubierta inferior de pasajeros. Sus ropas evidenciaban que se trataba de un pasajero de primera clase, un hombre de considerable fortuna, no cabía duda. ¿Qué diablos vendría a hacer allí? Las zonas de mando de la nave estaban prohibidas para los pasajeros.

Se acercó a él. Estuvo a punto de ordenarle que regresara a las cubiertas de pasajeros, pero sin saber por qué no lo hizo. Se limitó a preguntar:

-¿Qué es lo que desea?

El hombre paseó su mirada a su alrededor, por la repleta cabina de mandos, y carraspeó. Indicó:

-Hace unos minutos he oído a través de los altavoces generales que habían recibido una llamada de socorro de una nave averiada, y que íbamos a ir en su ayuda. ¿Es cierto eso?

Edward afirmó:

-Por completo. ¿Por qué?

El hombre volvió a carraspear, y dirigió una nueva mirada a su alrededor. Pareció dudar unos momentos. Y al fin respondió:

-Porque no deben hacerlo. Debemos seguir nuestro rumbo, sin desviamos de él en lo más mínimo. No podemos acudir en ayuda de esa nave.

CAPÍTULO II
LA EXPLOSIÓN

Se produjo un silencio embarazoso. Los demás ocupantes de la cabina de mandos, que cuando había entrado el hombre apenas habían levantado la vista para lanzarle una ligera ojeada, volviendo después a su trabajo, se enderezaron, dirigiendo hacia él sus sorprendidas miradas.

Tras unos instantes de silencio, Edward contestó:

-No he comprendido. ¿Qué es lo que ha dicho?

-Que no deben ir en auxilio de esta nave -repitió el hombre-. Eso es lo que he dicho.

Edward creyó comprender algo. Indudablemente el hombre debía de ser alguien importante en la Tierra, o quizá en Saturno, que gozaba de muchas influencias. Tal vez debía de resolver algún asunto al llegar a la Tierra, o le esperaba alguien, o simplemente tenía miedo. Al oír su aviso, había pensado que con su influencia, siendo un hombre tan importante, podría hacer quizá que la nave siguiera su rumbo, sin acudir en auxilio de la otra. Y se habría dirigido a la cámara de mandos, dispuesto a llevar a cabo su idea.

Sonrió ligeramente. Con un leve acento irónico, preguntó:

-¿Puedo saber cuáles son los motivos por los que no podemos acudir en auxilio del «Argonaute»?

El hombre captó el tono hiriente de la frase, y enrojeció. Adoptando una actitud digna, respondió:

-Tal vez usted no sepa exactamente con quien habla, capitán. En este caso le diré que mi nombre es Samuel Hoondrich. ¿No le dice nada?

Edward asintió:

-Sí, he oído su nombre en alguna ocasión. Pero ¿qué tiene que ver eso con la afirmación que ha hecho?

-Veo que tendré que añadir algo más; todavía no ha acabado de comprender. He dicho que mi nombre es Samuel Hoondrich. Soy el principal accionista, casi podría decir el único, de la firma «Hoondrich y Wick and Company», explotadora de la riqueza minera de Saturno. Y, entre otros muchos cargos que tengo a mi nombre, poseo el de presidente del consejo de administración de la Compañía Interespacial Terrestre, compañía a la cual pertenece esta nave. ¿Es suficiente?

Edward asintió; sí, era suficiente. Pero no bastante como para que el

hombre pudiera formular la proposición que había formulado.

-Bien, mister Hoondrich -respondió-. Sus palabras me han dejado completamente informado sobre su identidad. Pero a pesar de todo no ha contestado aún a mi pregunta: ¿Cuáles son las causas de que no podamos acudir en ayuda del «Argonaute»?

El hombre volvió a enrojecer. Sus ojos, cuando miraron a Edward, despedían fuego.

-Me sorprende que sea tan estúpido como para no comprenderlo todavía -respondió-. Además de los pasajeros que viajan en esta nave, hay en las cubiertas de carga minerales cuyo valor ha sido calculado por sobre los quinientos millones de dólares. La nave, por sí sola, vale casi los cien. En total hacen una buena suma de dinero. ¿Cree que puede arriesgarse tranquilamente acudiendo en auxilio de una nave siniestrada?

-En efecto, es algo digno de meditarse. Pero las ordenanzas del espacio estipulan claramente...

-Deje estar las ordenanzas. La ley ha sido hecha para que todo el mundo la interprete a su manera. Dicen bien a las claras que cuando la nave que ha de acudir al rescate es una nave de pasajeros, no tiene ninguna obligación de arriesgarse haciéndolo. Lo cual es lo mismo que decir que no es necesario que lo haga.

-Yo no lo entiendo así.

-Todo el mundo lo entiende así. ¿Pretende arriesgar seiscientos millones de dólares y la vida de ciento sesenta y cinco pasajeros para salvar la vida de otras ciento doce personas? Es estúpido.

-Yo no lo afirmaría tan categóricamente, mister Hoondrich. No existe ningún indicio que demuestre que el acudir en auxilio de la nave «Argonaute» pueda constituir un peligro para nosotros.

-Pero el peligro existe. Puede ocurrir un percance, ¿no? Entonces ya es suficiente...

-También puede ocurrir el mismo percance continuando nuestro viaje. Entonces, ¿por qué se embarcó, mister Hoondrich?

El rostro del hombre adquirió el color de la grana.

-¿Qué está pretendiendo insinuar con esto?

-Nada. Sólo quiero hacerle ver que se está portando de un modo totalmente improcedente. Admito que en esta nave viaja mucho dinero, pero

éste no es motivo suficiente como para dejar a una nave indefensa a su destino. Su actitud está por completo fuera de lugar.

-Me está ofendiendo, capitán. ¿Olvida que, cuando lleguemos a la Tierra, puedo hacer que le destituyan de su cargo de modo que no vuelvan a admitirlo en ninguna otra compañía?

-No lo olvido. Pero me temo que no podrá cumplir esta amenaza. No olvide que la sala de mandos es un lugar prohibido para los pasajeros, y que usted ha contravenido ya esta disposición. Además, ha hecho tendenciosas proposiciones sobre un asunto totalmente fuera de su incumbencia, ya que aquí es sólo un pasajero. Quizá, valiéndose de su cargo en la compañía, pudiera hacer que me expulsaran de ella, pero el juicio que yo le plantearía por daños y perjuicios no le favorecería en nada. Sería contraproducente para usted; saldría todo a relucir y a la gente le gustaría; ¿no le parece?

El hombre tragó saliva. Miró fijamente a Edward, y luego a los demás. Lentamente pareció calmarse. Bajando la voz, ofreció:

-Óigame, capitán. Sé que usted tiene sus propias ideas al respecto, pero creo que podríamos llegar a un acuerdo con un poco de buena voluntad.

-¿De veras?

-Sí. Verá, le voy a decir la verdad. Necesito encontrarme en la Tierra el día fijado como de llegada de la nave, y si ésta se retrasa demasiado, representará para mí una pérdida de varios millones de dólares. Si acudimos al rescate de los pasajeros del... de esa nave, perderemos mucho tiempo. Y será para mí el fracaso de un buen negocio. Estoy dispuesto a darle... cien mil dólares, si continuamos nuestro rumbo como si nada hubiera sucedido.

Edward sonrió.

-¿Está pretendiendo comprar mi conciencia?

-No, capitán, y usted lo sabe. Usted ya ha cumplido con su deber; ya ha avisado a las bases más próximas del naufragio de la otra nave. Su responsabilidad ha terminado. Si no es la «Osterwold» la que acude en su ayuda, será otra nave. De todos modos, los otros pasajeros serán salvados. ¿Qué le importa que lo sean por usted o por otros?

Edward negó con la cabeza.

-Nada. Pero cada minuto que pasa puede representar la muerte de todos ellos. Una nave que salga de Saturno tardará en llegar un día y medio, y otro tanto una que salga de Marte, sino más. Nosotros, en cambio, apenas

tardaremos veinte horas en estar a su lado. ¿No cree que es una diferencia bastante apreciable?

En aquellos momentos Shutters se volvió de su asiento indicando:

-Todo dispuesto para proceder al viraje, Edward. Faltan sólo tres minutos.

Edward asintió con la cabeza.

-Ya lo ha oído, mister Hoondrich. Lo siento. Comprendo sus motivos, pero no puedo acceder a sus deseos. Ante todo se encuentra el deber.

-Usted no tiene ningún deber de acudir a su rescate. Y en cambio puede ganar cien mil dólares. Piénselo.

-Ya lo he pensado, y le he dado mi respuesta.

-Doscientos mil dólares.

-No; es inútil. Por favor, diríjase a su camarote y asegúrese en su sillón antiaceleración antes de que empiece la maniobra. No le sucederá nada irreparable si permanece en pie durante el viraje, pero la experiencia no es demasiado agradable para quien no la ha experimentado nunca.

-¿Es ésta su última palabra?

-Completamente. Ahora, por favor...

El hombre encajó los dientes. Miró fijamente a Edward, y musitó:

-Está bien, capitán. Usted lo ha querido. Pero le advierto que se acordará de mí.

-No lo dudo.

Contempló cómo el hombre, furioso, se dirigía hacia la puerta, y sonrió. Se dirigió a su puesto, y se sentó en el sillón. Shutters comentó:

-Parecía tener mucho interés en que la nave siguiera su rumbo sin desviarse. Se ha ido muy irritado.

Edward se encogió de hombros.

-A las personas de esta clase les contraría el que no se acceda a sus caprichos. Creen que con su influencia pueden hacer todo lo que les dé la gana. Ya se le pasará.

Conectó los altavoces generales de la nave, y advirtió:

-Atención, les habla el capitán. Vamos a proceder al cambio de rumbo. Estén preparados.

Cortó, y observó a Shutters, que controlaba el tiempo en el reloj. El piloto llevó la mano a la palanca reductora de velocidad. A través del

intercomunicador, Edward advirtió a máquinas que estuvieran preparados. Fueron transcurriendo los segundos. Cuando llegó el tiempo, el segundo de a bordo hizo un movimiento con la cabeza.

-Ahora -advirtió.

El piloto empezó a mover suavemente la palanca, y Edward, atento a los instrumentos, fue comprobando la maniobra. La nave, obediente a los mandos, empezó a girar, cambiando de dirección, al tiempo que iba reduciendo su marcha...

* * *

Edward repasó una vez más los instrumentos, comprobando que todo estaba en orden. Volviéndose hacia Shutters, inquirió:

-¿Qué distancia nos separa del «Argonaute»?

-Unos tres millones de kilómetros -indicó Bryan- Llegaremos allí en unas cuatro horas.

Edward asintió. Levantándose de su sillón, se dirigió hacia el plano estelar de la red, observándolo. La línea móvil de ruta trazaba ahora el nuevo rumbo que seguían, apartándose de la Tierra y regresando de nuevo hacia Saturno, aunque desviados hacia un lado, siguiendo una dirección cuyo fondo estaba señalado por la constelación de Toro. Habían recorrido ya tres cuartas partes de la distancia que los separaba de la nave siniestrada, y pronto llegarían ya a su lado. Todo parecía ir bien.

Y sin embargo...

Se volvía de nuevo hacia su sitio, cuando una intensa vibración se transmitió por toda la estructura de la nave, haciendo cimbrar las paredes. Al mismo tiempo, un ruido fuerte y bronco, como el de una brusca explosión, trastornó todo el ámbito de la nave, avisando de que algo anormal acababa de suceder.

E instantáneamente, el timbre de alarma de la nave empezó a funcionar, trayendo con su repiqueteo la agitación a todo el enorme aparato.

Edward y Shutters cruzaron una rápida mirada. Como para sí mismo, el segundo de a bordo musitó:

-Un meteorito...

Edward negó con la cabeza.

-No, un meteorito no hubiera causado tanta vibración; hubiera sido tan sólo un golpe seco, y sin explosión. Ha sido otra la causa.

Y los dos hombres, como de común acuerdo, se lanzaron a toda velocidad hacia la salida.

La nave disponía de nueve distintos timbres de alarma, correspondientes a cada una de las cubiertas, y cuyo diferente sonido indicaba a los acostumbrados a ellos inmediatamente el lugar donde se había producido el accidente o la anomalía. El sonido de aquel timbre era el característico del correspondiente al cuarto de motores. Y los dos hombres se lanzaron inmediatamente hacia allí.

Un ascensor ultrarrápido, de uso exclusivo del personal de la nave, les transportó en pocos segundos al lugar que deseaban. Salieron en tromba de la cabina, y enfilaron a toda velocidad el pasillo que conducía a la sala de control.

-¿Qué es lo que ha sucedido, Mark? -inquirió Edward al encargado del control, que se encontraba revisando agitadamente unos instrumentos.

El hombre movió la cabeza dubitativamente.

-No lo sé con exactitud, capitán. Todo iba bien, cuando de repente... ¡booom!, algo ha explotado bajo nuestros pies.

-¿Algún motor?

-No, capitán. Si hubiera sido un motor, nosotros no estaríamos en esos momentos ahí; volaríamos por el infinito en fragmentos así de chiquitos. Ha debido ser algo de los reactores. Lo único que puedo decirle con certeza es que ha estallado algo; de eso no cabe la menor duda.

Edward y Shutters se miraron. El capitán suspiró.

-Está bien. Encárgate de averiguar con la mayor exactitud posible lo que ha sucedido, Bryan. Mientras tanto, yo voy arriba a intentar tranquilizar a los pasajeros. Enseguida que sepas algo concreto me lo comunicas. ¿De acuerdo?

Bryan asintió con la cabeza, y Edward regresó al ascensor. Un par de segundos le bastaron para trasladarse a la cubierta inferior de pasajeros. Armándose de valor, abrió la puerta de la cabina y penetró en ella adoptando un aire de normalidad.

El timbre de alarma había dejado ya de sonar, pero en la cubierta la confusión era enorme. Uno de los pasajeros, que en aquellos momentos pasaba por delante del ascensor, le cogió por un brazo.

-¿Qué ha sucedido, capitán?

-Nada, nada de importancia. Un pequeño percance. Pronto lo arreglaremos.

Anduvo hasta la cabina de comunicación de las cubiertas de pasajeros y una vez en ella, cerrando el control de la cinta con música, colocó la palanca a «fono» y tomó el micrófono.

-Atención, señores. Les habla el capitán. He interrumpido el programa de música que les ofrecíamos, a fin de comunicarles algo de lo que todos ustedes se han apercibido ya. Hemos sufrido un pequeño percance. Les ruego que no se alarmen, por favor. No ha sido nada de importancia. Como dice el refrán popular, mucho ruido y pocas nueces. En cuestión de un par de horas estará todo arreglado. Les ruego sigan como hasta ahora, sin preocuparse; les repito que no ha sido nada de importancia. Cuando esté todo definitivamente arreglado, ya les avisaremos. Y ahora pueden seguir escuchando el programa.

Cortó el «fono», y volvió a dar marcha a la cinta, saliendo seguidamente de la habitación.

Casi en la puerta, tropezó con Hoondrich. El hombre lo detuvo.

-Se lo advertí, capitán -exclamó-. Le dije que no debía acudir en ayuda de la nave siniestrada, era peligroso. Sabía que ocurriría algo.

El hombre estaba pálido. Edward se desasió de su brazo.

-No sea estúpido, mister Hoondrich, y no se preocupe. Ya he dicho que lo ocurrido ha sido un percance sin importancia. Además, igual nos hubiera sucedido si hubiéramos continuado nuestro viaje.

El hombre seguía pálido.

-Pero entonces nuestro propio impulso nos hubiera permitido llegar hasta Marte. En cambio, ahora...

Edward no respondió. Aquel hombre era un alarmista. Se alejó sin decir palabra hacia el ascensor, y se metió en él antes de que Hoondrich pudiera seguirle y detenerle nuevamente. Subió hasta la sala de mandos, y penetró en ella. Se dirigió hasta el intercomunicador y lo conectó con las cabinas del personal.

-Atención todos los tripulantes de la nave. Les habla el capitán. Ha surgido una emergencia que aún no se ha podido determinar en la sección de reactores. Estén preparados, y tengan a mano los trajes de vacío. Tal vez sea preciso hacer alguna reparación en el exterior.

Cortó. En aquellos momentos penetraba en la cabina Shutters. Edward

se volvió hacia él; el rostro del segundo de a bordo evidenciaba que lo ocurrido era más grave de lo que pudiera parecer a simple vista. Movió la cabeza negativamente.

-No hay nada que hacer, Edward -comunicó-. Ha estallado el conducto general de reactores.

Edward palideció. Aquello quería decir que la nave se encontraba por completo imposibilitada de maniobrar, incluso de hacer funcionar los motores. Y sabía cuáles eran las consecuencias.

-Pero no es eso todo, Edward -siguió Shutters-. Hay todavía algo más.

-¿Qué?

-Que la explosión no se ha producido por causas naturales. Ha estallado el conducto general de reactores. Lugar que, por las condiciones en las que navegaba actualmente la nave, no podía haber estallado nunca.

CAPÍTULO III

SABOTAJE

Edward abrió dos ojos como dos platos.

-¿Qué es lo que has dicho?

-Exactamente lo que has oído, Edward. Viajamos ahora con los motores parados. Por el conducto de reactores no circula ninguna energía. Luego, no puede estallar de ninguna de las maneras.

-Pero eso es precisamente lo que ha sucedido.

-Exacto. Y es ahí a donde quiero ir a parar.

Edward asintió lentamente. Sí, empezaba a comprenderlo. Shutters tenía razón. El conducto general de reactores no podía haber estallado en aquellas circunstancias por sí solo. Luego alguien tenía que haberlo hecho estallar.

¿Sabotaje?

Aunque la nave tenía tres motores de impulsión, dos principales y uno auxiliar, todos ellos formaban un bloque único que comunicaba con todos los reactores a la vez por el conducto general de reactores, un tubo ancho, de unos veinte metros de diámetro, que se ramificaba luego en los doce tubos de las toberas impulsoras y de dirección. Una serie de portones, de varios ángulos de abertura, constituía el acceso de la tobera al exterior. Cuando debía emplearse uno de los reactores, se abría la tobera correspondiente, y la energía impulsada del motor escapaba por ella, al encontrar los demás portones cerrados.

Una nave, en el espacio, solamente necesita su motor para impulsarse al principio del viaje, para frenar a su final, y para cambios de velocidad y de dirección. Una vez alcanzada una velocidad y un rumbo, la carencia de aire y, por consiguiente, de freno en el espacio hace que la velocidad y el rumbo se mantengan inalterables mientras no se varíen expresamente. Luego, una nave, cuando ha alcanzado ya su velocidad, no necesita su motor. Y, por lo tanto, lo detiene.

Edward, como capitán de nave, sabía perfectamente este extremo. Y sabía también que en aquellos instantes, por viajar ya al límite de velocidad requerido, tenían el motor apagado.

Ahora bien, ¿cuándo podía producirse una explosión en el conducto general de reactores?

Cuando el motor no funcionaba, los portones de las toberas estaban

constantemente cerrados, a fin de evitar que algún agente exterior, algún gas de los que existen diseminados en el espacio, formando bolsas, penetrara por él. Cuando el motor se ponía en funcionamiento, aunque no se modificara la velocidad o el rumbo, automáticamente se abría el bloque de los cuatro portones impulsores, a fin de que, sin variar la velocidad, los gases que se formaran en el interior de los reactores escaparan al exterior. Podía suceder, aunque era muy poco probable debido a la presión y exactitud de los mecanismos, que el encenderse el motor, el mecanismo automático fallara, y los portones impulsores quedaran cerrados. Luego, los gases expulsados por el motor podrían irse acumulando en el interior de los reactores, aumentando su presión, hasta que ésta hiciera que estallaran. Existía, es cierto, un indicador de la presión en los reactores, que dejaba oír un timbre de alarma cuando ésta excedía de un determinado límite, pero era un aparato que podía fallar. En esas condiciones, por lo tanto, podía estallar algún reactor.

O también cuando los mismos reactores se encontraban en marcha.

Pero en aquel caso ninguna de las circunstancias concurría. Los motores estaban parados. La presión en los reactores era nula. Y sin embargo...

Shutters meneó la cabeza de un lado para otro.

-No cabe ninguna solución, Edward -exclamó-. Sólo la de que la explosión ha sido provocada deliberadamente.

-Pero eso presupone que hay alguien a quien no le importa sacrificar más de ciento cincuenta vidas sin ningún beneficio. Sólo un loco puede intentar destruir de este modo una nave.

Shutters se encogió de hombros.

-A eso no puedo contestarte, Edward. Lo único que puedo decirte es que, sea como sea, ha sucedido. Y eso es lo que cuenta.

Edward asintió. Sí, eso era lo que contaba.

-¿Has encontrado alguna prueba de lo que dices?

-No, pero no costará nada hallarla. Para hacer estallar el conducto general de reactores es necesario usar un explosivo. Y quedarán restos de él en el lugar de la explosión. Cuesta muy poco ir allá y buscarlos.

Edward asintió con la cabeza. Durante unos minutos permaneció pensativo. Luego se levantó.

-Es una acusación muy seria ésta, Bryan -murmuró-, para hacerla sin

pruebas concretas. Debemos actuar con pies de plomo.

-Entonces, ¿qué propones hacer?

-De momento y ante todo intentar tranquilizar a los pasajeros; no lograremos nada diciéndoles cuál es nuestra verdadera situación. Luego, buscar esas pruebas. Y después, ya veremos.

Se volvió hacia el radiotelegrafista y le hizo una seña.

-Comuníqueme con máquinas, y dígales que intenten averiguar lo más exactamente posible nuestra situación actual, así como los posibles remedios que puedan aplicarse; que comprueben cuáles son los aparatos que están definitivamente averiados, y los que aún funcionen. Que se den prisa. Luego vaya a la cabina general de comunicación de las cubiertas de pasajeros, y desde allí notifíqueles que no sucede nada de importancia, que en estos momentos se está reparando, la avería, y que en cuestión de horas la dejaremos lista. Es mentira, ya lo sé, pero no lograremos nada de momento diciéndoles escuetamente la verdad de nuestra situación. La cuestión es tranquilizarlos como se pueda. En cuanto a usted -se volvió hacia el piloto-, calcule nuestra nueva trayectoria, y aplíquela al mapa espacial. Averigüe si cruzamos la órbita de algún planeta o bien si pasamos cerca de algún lugar desde el cual puedan prestarnos ayuda. Y comuníquemelo tan pronto lo sepa.

-¿Y yo? -inquirió Shutters.

-Tú ven conmigo, Bryan. Vamos a averiguar de una vez por todas qué es lo que ha sucedido en los reactores.

* * *

Los dos hombres parecían dos grotescos muñecos, envueltos en sus trajes espaciales, flotando al lado de la colosal mole metálica de la nave. Usando los propulsores autónomos de sus trajes se impulsaban hacia adelante, siguiendo a lo largo el costado metálico, en dirección a la parte posterior, donde se encontraba el cuadro de reactores.

El cuadro de reactores de la nave estaba formado por un bloque posterior de cuatro toberas de gran tamaño, muy juntas entre sí, formando un cuadro, cuya finalidad era la impulsión de la nave. Las ocho restantes estaban situadas a los lados, en dos grupos de cuatro y mirando a los cuatro puntos cardinales de la nave. El primer grupo, situado muy cerca del bloque posterior, poseía una inclinación de veinte grados con respecto a la vertical de la nave, y el otro grupo, situado más arriba del anterior, una inclinación de

cuarenta.

Los dos hombres llegaron hasta allá y empezaron a revisar los portones. No tardaron en encontrar uno de ellos, del primer grupo de los laterales, reventado, casi arrancado de cuajo. Otro, casi opuesto al anterior, presentaba una enorme desgarradura. Del cuadro impulsor todos permanecían indemnes, si bien mostraban algo de la violencia de la explosión.

Los dos hombres se introdujeron por la tobera cuyo portón había sido arrancado de cuajo, y siguieron adelante por el interior del reactor. Llegaron al lugar donde se reunían las doce toberas, que formaba una especie de cámara esférica, y en cuyo lado opuesto se encontraba el gran conducto general de reactores. Alumbrándose con sus focos frontales, prosiguieron la marcha por allí.

Así llegaron hasta el lugar donde se había producido la explosión. Allí, en un trecho de unos diez metros, las paredes del cilindro se encontraban acribilladas, desgarradas, rotas. La gruesa plancha metálica, diseñada especialmente para resistir grandes presiones, se encontraba ahora retorcida, casi deshecha en algunas de sus partes por la onda explosiva y la metralla. Algunos trozos de metal flotaban en el vacío, inmóviles, como islas suspendidas en el aire...

Una ligera ojeada bastó a Edward para darse cuenta de la gravedad del desastre. A través de la desgarrada plancha, los mecanismos que había tras ella, tubos, cables y conexiones, habían sufrido también los efectos de la explosión. La mayoría de ellos presentaban claras señales de deterioro. Prácticamente, podía decirse que el sistema propulsor de la nave estaba destrozado por completo.

Shutters golpeó en un brazo a Edward, señalándole un objeto que flotaba en el aire, a un par de metros de distancia de ellos. Edward se impulsó hacia allá y lo recogió. Lo observó unos instantes, dándole un par de vueltas entre sus manos. No necesitó mucho tiempo para reconocer su naturaleza. Shutters había tenido razón. Lo que sostenía entre sus manos era el fragmento de una bomba. De una bomba del tipo conocido normalmente con el nombre de «1.000 V».

Edward conocía perfectamente aquel tipo de bomba; lo había experimentado en más de una ocasión, en plan experimental y en ínfimas cantidades. En sí, el explosivo no era tal explosivo, sino tan sólo un bloque de

materia semimineral, oriunda de Júpiter, y cuyo nombre era «ergonita». La bomba propiamente dicha estaba formada solamente por el mencionado bloque de ergonita, una pila electromagnética de alta frecuencia, y un disparador de tiempo, encerrado todo ello en el interior de una caja hermética. La ergonita tenía la virtud de convertirse en gas en fracciones de segundo, cuando era sometida a los efectos de una corriente electromagnética de alta frecuencia. Pero con la particularidad de que, al convertirse en gas, su volumen aumentaba de tal modo que llegaba a alcanzar mil veces el mismo volumen que tenía cuando sólida.

Sabiendo eso, era fácil adivinar el funcionamiento y efectos de la bomba. El disparador de tiempo señalaba el momento en que debía iniciarse el proceso, dejando paso a la corriente electromagnética. A la acción de ésta, la ergonita se volatilizaba en cuestión de segundos. La caja hermética comprimía el gas resultante de tal modo, que la presión de éste la hacía estallar, reduciéndola a ínfimos fragmentos. Y la propia expansión del gas diseminaba la metralla de la caja a su alrededor, la cual, junto con la propia onda expansiva de la ergonita volatilizada, diseminaban a su alrededor su mensaje de muerte y destrucción en cuestión de segundos.

Edward sabía «cómo» había actuado allí. A pesar de todo, la súbita expansión de los gases no hubiera ocasionado más que un mediano daño, de no haber sido por la metralla que, al igual que una lluvia de meteoritos, destrozó completamente aquel sector del conducto, afectando incluso los mecanismos que había en el otro lado. Asimismo, la onda expansiva y el extraordinario aumento de volumen que sufría la ergonita al volatilizarse redondearon el efecto. Al estar los portones de las toberas cerrados, el gas, que ocupaba mil veces el espacio de la bomba (de ahí su nombre, «1.000 V», mil volúmenes), se había encontrado comprimido allí dentro. La presión había ido aumentando, hasta llegar a sobrepasar el aguante de las partes metálicas de los portones, dos de los cuales habían cedido, reventándose. La cosa había sucedido en cuestión de pocos segundos, de modo que el detector de presión apenas había tenido tiempo de indicar el súbito aumento de ésta cuando ya todo había estallado, con los destructores efectos que se podían observar.

Los daños habían sido grandes. Además de los dos portones reventados, el conducto general de reactores rajado en casi su totalidad, y las averías de los tubos y mecanismos auxiliares. Algo que no podía arreglarse

más que en sus astilleros espaciales, y aún después de una labor de meses y de un cambio completo de piezas, de las que allí no disponían en absoluto.

Contempló el fragmento de la bomba que tenía entre sus manos, y su mirada se cruzó con la de Shutters. El caso era grave, tanto por uno como por el otro extremo. En un sentido, alguien había querido inutilizar por completo la nave, con las consecuencias que eran de prever.

Y en el otro, se encontraban en pleno espacio, sin dominio sobre la nave que les llevaba, completamente a merced de una ruta que no sabían dónde les conduciría, si es que les conducía a algún sitio, y sin poder hacer nada para variarla. Una situación completamente desesperada.

Lentamente dio media vuelta, dirigiéndose hacia la salida de los reactores.

-Vamos -indicó a Shutters, al tiempo que ponía en marcha el propulsor autónomo de su traje-. Creo que ya hemos visto todo lo que teníamos que ver aquí.

* * *

Apenas entrar en la cámara de mandos, le esperaban a Edward dos noticias completamente desalentadoras que hicieron desaparecer como por encanto las pocas esperanzas que le pudieran quedar respecto a su situación.

La primera se la dio el piloto. Al estallar el conducto general de reactores, la fuerza expansiva de la explosión, escapándose por las dos toberas laterales reventadas, había causado una modificación en el rumbo anterior de la nave, débil a simple vista, pero que en el transcurso de varios millones de kilómetros se traducía en una desviación bastante apreciable. Como consecuencia de ello, su ruta, que hasta entonces había sido convergente con la de la nave siniestrada «Argonaute», era ahora divergente de ella, en hipérbola mucho más abierta. El cálculo completo de la ruta traía como consecuencia la delimitación de una hipérbola excéntrica con respecto a los planetas interiores del sistema solar, y cuyo punto más alejado de éstos se remontaba a tres años luz de la Tierra. Lo cual quería decir que la nave, siguiendo a esta velocidad constante que llevaba, tardaría más de ciento cincuenta años en regresar al mismo punto que se encontraba ahora. Una cifra totalmente absurda teniendo en cuenta que, después de las órbitas de Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, no existía ningún otro planeta en toda la órbita que recorrería la nave. La consecuencia era única: por aquel lado no

había nada que hacer.

La segunda se la dio Hilmax, el radiotelegrafista. En la sala de mandos se había procedido a reparar todos los instrumentos, se habían calculado los daños, se habían estudiado todas las formas posibles de poder reparar la avería, al menos medianamente. Y los resultados habían sido únicos. No había nada que hacer. Lo sucedido era irreparable. No existía solución. Por otra parte, el propio Hilmax no había tardado en convencerse de que cualquier petición de ayuda sería inútil. El «Argonaute» se encontraba averiado en el espacio, girando en círculo de diecisiete mil kilómetros de radio. Prácticamente, con relación al sistema solar, no se movía; podía ser auxiliado con toda facilidad. Pero ellos no. Ellos avanzaban en órbita hiperbólica de un radio de billones de kilómetros, un radio del orden de «parsecs». Y su velocidad de escape del sistema solar hacía imposible que pudieran acudir en su ayuda; no podrían alcanzarles.

Aquello destrozó las últimas esperanzas de Edward. Era inútil intentar abandonar la nave con los cohetes auxiliares; con ellos no podrían llegar hasta ningún sitio habitado, el combustible de que disponían no se lo permitía, y la provisión de aire respirable de que iban equipados se les terminaría mucho antes de que la primera nave de socorro llegara hasta ellos. No les quedaba más remedio que permanecer en la «Osterwold». Y aquello marcaba también su fin. Porque la nave, sujeta a su órbita de años luz, sin poder escaparse de ella, sin poder maniobrar, estaba condenada a seguir eternamente su ruta, hasta que chocara contra algún cuerpo o fuera atraída por la órbita de algún planeta, mucho tiempo después de que ellos hubieran muerto.

Aquel viaje, que había principiado como de Saturno a la Tierra, se había convertido en un único y mortal viaje al infinito...

CAPÍTULO IV
CUARENTA MIL TONELADAS DE MINERAL

Sentado en el sillón de mandos, con la cabeza apoyada en una mano, Edward meditaba en cómo debía comunicar la noticia a los pasajeros. Sabía que aquello traería consigo una oleada de pánico y de histeria. Todos los pasajeros eran gente rica, acomodada, poco acostumbrada al contacto de la muerte. Temían morir, por el mismo motivo de que nunca habían tenido contacto directo con la muerte. Y la noticia de que estaban condenados a vagar por el espacio sin remisión, hasta su muerte, les sumiría en la desesperación. Y la gente, cuando se desespera, llega a rozar el nivel de la bestia. Empezarían a acusarse mutuamente, a exaltarse... a pelearse entre sí... Llegaría la violencia...

Y sin embargo, no le quedaba más remedio que hacerlo. No podía ocultar indefinidamente su situación. Lo único que lograría callando sería retrasar los acontecimientos, no evitarlos. Tarde o temprano comprenderían los pasajeros que algo anormal sucedía, y entonces exigirían explicaciones, que no tendría más remedio que dar. Las consecuencias serían las mismas. Y la gente le acusaría a él de lo sucedido. A su negligencia. Cuando una nave sufre una avería irreparable, el responsable es siempre el capitán. Aunque la culpa no sea en absoluto suya.

Contempló el fragmento de bomba que había recogido de los reactores; allí estaba la única verdad de lo sucedido. Alguien había querido hacer desaparecer a la «Osterwold». Pero ¿cómo? Y ¿por qué?

-No lo comprendo -musitó-. No lo comprendo en absoluto. ¿Qué interés podía tener nadie en hacer estallar los reactores?

-Creo que yo puedo decírtelo, Edward -respondió Shutters, a sus espaldas.

Edward se volvió. El segundo de la nave había estado efectuando algunos cálculos sobre la carta espacial, a los que el capitán, al principio, no había prestado demasiada importancia.

-¿Tú?

-Sí. Observa esto, por favor.

Edward se levantó, acercándose al lugar donde se encontraba el otro. Shutters le mostró el mapa.

-Presta atención. Si la nave no hubiera recibido el aviso de S.O.S. del

«Argonaute», habría seguido normalmente su ruta prefijada, sin ninguna variación. En este caso, a estas horas hubiéramos atravesado ya por completo la zona de los asteroides, y nos prepararíamos para hacer escala en Marte. Todavía nos faltarían unos cuantos millones de kilómetros, pero ya estaríamos preparados, con los motores en marcha, dispuestos a iniciar la frenada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Sí. Bruscamente, Edward comprendió. Y advirtió el extremo en el que desde un principio no había reparado. Quien había colocado la bomba en los reactores no había previsto que la nave recibiera una petición de socorro. Él había calculado que seguirían su ruta normal. Y entonces ellos nunca hubieran llegado a apercibirse de que todo había sido preparado de antemano. Lo hubieran creído un accidente.

Shutters señaló un punto sobre el mapa.

-La explosión se hubiera producido aproximadamente aquí. Naturalmente, entonces, por el simple hecho de encontrarse el motor en funcionamiento, los portones de las toberas impulsoras estarían abiertos, y los gases de expansión de la explosión no hubieran reventado ninguno, con lo que el rumbo de la nave no hubiera sufrido ningún cambio. Pero los daños en el conducto general de reactores hubieran sido los mismos. Y nosotros no hubiéramos llegado a saber nunca si al producirse la explosión los portones estaban abiertos, o ésta se había producido precisamente por no estarlo.

Edward asintió. Sí, ahora lo veía todo claro. Al producirse la explosión en el momento que Shutters indicaba, se hubiera tratado de algo que cabía en los límites de un accidente. Y suponiendo esto, ellos nunca se hubieran detenido en averiguar lo sucedido; hubieran tenido demasiado trabajo en desalojar la nave.

Al producirse la explosión, inutilizando los motores, la nave se hubiera encontrado imposibilitada de maniobrar, así como de aumentar o reducir su velocidad. Y por tanto, no hubiera podido frenar al llegar a Marte. La ruta de la nave estaba calculada para que llegara a las inmediaciones del planeta cuando éste había pasado ya y, ciñéndose a él por detrás, se colocara en órbita. Sin embargo, al no poder reducir su velocidad, llegaría al planeta cuando éste aún no había pasado, con la consecuencia lógica de que, atraída por su propia masa, se estrellaría indefectiblemente contra él.

Eso, por lo tanto, hubiera hecho que la nave fuera abandonada

rápidamente. Las naves auxiliares, usando sus propulsores propios, hubieran podido estacionarse en el espacio, en espera de una ayuda que, dada la proximidad del planeta, no hubiera tardado en llegar. La nave se hubiera destruido, pero los pasajeros se hubieran salvado en su totalidad. Con la ventaja de que, al tener que abandonar precipitadamente la nave, nadie se hubiera preocupado de averiguar con demasiada exactitud las causas del accidente. Y la existencia de una bomba en los reactores no se habría conocido nunca. Todo hubiera pasado por un mero accidente natural.

Pero el plan había fallado por su misma perfección. Y como consecuencia de todo ello se encontraban ahora allí, perdidos en el espacio, marchando hacia el exterior del sistema solar, en pos de una ruta que sólo les conduciría hasta la muerte...

-Tienes razón -murmuró-. Pero eso no resuelve nuestra situación. No resuelve nada.

-De acuerdo. Pero al menos señala cuales fueron los motivos de colocar la bomba, Y señala también al que con probabilidad lo hizo.

Edward arrugó el ceño.

-¿Al que lo hizo?

-O al menos quien ordenó hacerlo. ¿No recuerdas? ¿Quién fue la única persona que se opuso a que la nave acudiera en auxilio del «Argonaute»? ¿Quién fue la única persona que pidió que no virásemos, que no nos apartáramos de nuestra ruta?

-¿Hoondrich?

-Exacto. Él fue el único que se opuso con todas sus fuerzas a que la nave cambiara de rumbo. ¿Por qué? Lo encuentro muy sospechoso.

Edward asintió. Con la agitación del momento había olvidado su conversación con el hombre, pero ahora volvía a su memoria en todos sus detalles. Y, como decía Shutters, la cosa era muy sospechosa,

-Pero Hoondrich no tenía ningún motivo para querer destruir la nave. Al contrario. Él tiene intereses en ella. Su destrucción le hubiera reportado un perjuicio.

-Tal vez intentara beneficiarse del seguro que indudablemente ha de existir, extendido sobre la nave y su cargamento.

Edward negó con la cabeza.

-No, no puede ser eso. El valor en que está asegurada una cosa es

siempre menor que su valor real. Además, el seguro no lo hubiera percibido él, sino la compañía en general. Hubiera sido para él un beneficio nulo.

-¿Y la carga?

-¿La carga? No creo que pudiera recuperarla después de haberse estrellado la nave contra Marte; la explosión de los motores lo desintegraría todo por completo. A menos que...

Se interrumpió. Una idea acababa de germinar en su cabeza. Una idea desde todo punto lógica y plausible. Pudiera ser...

Se volvió hacia Shutters.

-Tal vez tengas razón, Bryan. Y si lo que acaba de ocurrírseme es la verdad, te advierto que mister Hoondrich va a tener que responder de algo muy grave. Ven conmigo. Vamos a registrar la carga que realmente lleva la «Osterwold».

* * *

Los minerales saturnales que transportaba la nave se encontraban distribuidos en las cubiertas de carga, contenidos en el interior de cajas especiales metálicas, de un metro por dos aproximadamente, cerradas y precintadas con sellos de la compañía «Hoondrich y Wick and Company», de modo que no pudieran ser abiertas más que en su destino, y por personal autorizado de la compañía. Se encontraban apiladas en los desvanes de gran carga, unas sobre otras, formando pilas de cuatro cajas e hileras de diez por cien de fondo. El resto de cajas que habían sobrado después de colocar las tongas habían sido colocadas al lado del pasillo general de la cubierta, en una hilera de sólo una caja de fondo.

Hacia ellas se dirigió rectamente Edward apenas penetró en la cubierta de carga. Anteriormente se había provisto en una de las dependencias de material de un cortador eléctrico con el que abrir las cajas. Seguido por Shutters avanzó hasta allá y, sin vacilar, aplicó el cortador al precinto y empezó a cortarlo. Sabía que aquello era algo que no podía hacer nadie durante el viaje, ni aun el propio capitán, siendo carga de naturaleza privada, pero su deseo de saber la verdad era demasiado fuerte. Además, en las circunstancias en las que se encontraban poco importaba el quebranto de aquella formalidad.

El primer precinto apenas tardó unos minutos en quedar cortado, y los otros tres le siguieron al poco tiempo. Valiéndose del mismo cortador

eléctrico rompió los cierres de la tapa de la caja, y poco después la presión de sus brazos la abrían, mostrando su interior.

Los dos hombres se inclinaron sobre el borde de la caja, a fin de otear lo que había dentro.

Y sendas exclamaciones brotaron de sus labios al contemplar, al fin, lo que constituía la carga de la caja: una pequeña cajita metálica, de no más de veinte centímetros en cuadro, en cuya cara superior se divisaba una palanca móvil y una esfera graduada, con una aguja indicadora en su interior.

-Un magneto-gravitador -musitó Shutters, contemplando la cajita-. De modo que era eso.

Edward se inclinó hacia el interior de la caja, y después de quitar el seguro del aparato movió la palanca hacia uno de sus extremos. La aguja indicadora varió su posición, hasta marcar cero. Desfijó después los adhesivos que la tenían sujeta al fondo de la otra caja, y la levantó con relativa facilidad; su peso era escaso,

-Sí -murmuró-, un magneto-gravitador. En lugar de dos toneladas de mineral saturniano.

El magneto-gravitador era un aparato muy usado en los planetas dotados de escasa gravedad, a fin de crear artificialmente a los objetos un peso superior al que allí tenían. En realidad, el magneto-gravitador no era más que eso: un creador de peso. El dispositivo electromagnético que lo constituía hacía que, según la frecuencia de la corriente magnética, su peso aumentara a voluntad. La palanca de acción, junto con la esfera graduada, permitían regular este aumento a voluntad, desde un kilogramo hasta tres toneladas en los aparatos de poco volumen, y hasta veinte en los de gran tamaño.

«Eso» eran las cajas del mineral. Un magneto-gravitador, dispuesto para crear un peso de dos toneladas, que substituía el peso del ausente mineral. Así, los cajones parecían contener lo que realmente deberían llevar, cuando en realidad no lo llevaban. Los precintos impedirían que se pudiera notar nada anormal, y así todo el mundo supondría que la carga que la nave llevaba era la que aparentaba llevar: cuarenta mil toneladas de mineral. Y sin embargo...

Edward encajó los dientes. De modo que era ése el motivo de que fuera colocada una bomba en los reactores de la nave. Hoondrich lo había planeado con todo detalle. Valiéndose de su elevado cargo en la compañía,

había hecho el cambio de las cajas verdaderas por otras ya dispuestas al efecto. Luego, en pleno espacio, la nave tendría un accidente. Al estrellarse en Marte, al estallar los motores la nave se desintegraría; así nadie podría darse cuenta del fraude. La compañía cobraría el seguro, y no perdería mucho. Y él, Hoondrich, en cuyo poder habría quedado el verdadero cargamento de la «Osterwold», haría un gran negocio. Un negocio de más de quinientos millones de dólares.

Pero le había fallado. Y este fallo había repercutido en todos los ocupantes de la nave. Marcando para siempre su ineludible destino.

Una furia sorda le dominó. Una furia ciega, que no atendía a razones. Olvidó totalmente la situación en que se encontraban, lo olvidó todo. Excepto que Hoondrich era el causante de lo sucedido. Hoondrich, el presidente de la Compañía Interespacial Terrestre, el principal accionista de la «Hoondrich y Wick and Company». Hoondrich, el hombre que no había reparado en nada para satisfacer su ambición.

Dio media vuelta y, dominado por una idea fija, salió de la cubierta de carga.

* * *

La puerta se abrió, y un rostro de mujer se asomó por ella.

-¿Qué desea?

Edward la examinó brevemente. Era una mujer joven, bastante agraciada. Alta sin serlo excesivamente, algo delgada y de correctas formas corporales. Su rostro ovalado enmarcaba una frente despejada, unos ojos claros escudados tras unas ligeras gafas de cristal-filtro, una nariz y una boca firmes, levemente dibujados los labios por una nota de color. Su pelo, una hermosa mata de brillante color cobrizo, se hallaba recogido en la nuca por una cinta de color rojo, algo ladeada hacia la izquierda.

-¿Se encuentra aquí mister Hoondrich? -inquirió Edward, una vez terminado su examen.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

-En este momento no. ¿Para qué desea verle?

Edward dudó unos momentos.

-Es un asunto particular. ¿Es usted acaso pariente suyo?

-Soy su hija, aunque en realidad haga más los oficios de su secretaria que de su hija. Si lo desea, puedo intentar localizarle.

-No es necesario, ya lo haré yo mismo. Si regresa antes de que le haya encontrado, dígale que no se mueva de aquí hasta que yo venga. Y adviértale de mi parte, si es que acaso adivina los motivos por los que le busco, que aunque la nave sea grande, es un espacio finito, de modo que terminaré encontrándolo. ¿Ha comprendido?

La muchacha le miró con extrañeza.

-Sí, pero...

-¡Ah, otra cosa! -le interrumpió Edward, sin dejarle concluir la frase-. Haciendo usted también los oficios de secretaria, quizás pueda informarse. ¿Mencionó mister Hoondrich algún negocio que tenía que efectuar apenas llegara a la Tierra?

-No, que yo recuerde. Sin embargo...

Edward, sonriendo para sí mismo, la atajó con un gesto.

-Está bien, señorita; no se preocupe. Sólo deseaba comprobar un último detalle. Muchas gracias.

Dio media vuelta, y echó a andar pasillo adelante.

* * *

Hoondrich se encontraba en el bar, bebiendo una copa. Su rostro estaba lacio, reflejando una honda preocupación. Su actitud era la de un hombre abatido.

Una mano, apoyándose en su hombro, le hizo volverse. Contempló al hombre que tenía tras de sí, y sonrió tristemente.

-¡Ah, es usted, capitán! ¿Ya han reparado la famosa avería?

Edward, con las mandíbulas apretadas, negó lentamente con la cabeza.

-No, mister Hoondrich; y usted lo sabe bien. La avería que hemos sufrido es irreparable.

El rostro del hombre no se inmutó.

-Bien. De todos modos la responsabilidad es suya, capitán.

-No lo creo, mister Hoondrich. Máxime cuando el «accidente» ha sido producido deliberadamente por una bomba colocada en los reactores.

El rostro de Hoondrich sufrió una breve alteración, que su poseedor intentó rápidamente disimular.

-¿Una bomba?

-Exacto, mister Hoondrich. Y ahora cabe preguntar: ¿Qué interés

puede tener un hombre en evitar que una nave cambie su rumbo, cuando después esa nave sufre la acción destructora de una bomba colocada en ella intencionadamente?

Hoondrich palideció visiblemente.

-No... no le comprendo.

-Está bien, se lo voy a decir de otra manera. ¿Qué le impulsó a intentar impedir que la nave llegara a la Tierra? ¿Acaso las cuarenta mil toneladas de mineral que hay almacenadas en las cubiertas de carga?

Hoondrich palideció aún más. Para él, aquellas palabras tenían un sentido concreto. Murmuró:

-¿Acaso ha abierto alguna de las cajas?

Edward sonrió.

-Exacto, mister Hoondrich. Y he podido examinar lo que contenía en su interior.

-¡Esto es una transgresión de la ley! ¡Ha procedido usted ilegalmente, capitán!

-¿Usted me habla de legalidad, mister Hoondrich? ¿Usted que no ha vacilado en destruir una nave y poner en peligro la vida de todos sus ocupantes para obtener un miserable lucro?

Hoondrich se volvió hacia la barra, y terminó de beber su copa, mientras intentaba tranquilizarse. Estaba intensamente pálido. Murmuró:

-Está bien, capitán. No tengo por qué darle explicaciones. En la Tierra ya arreglaremos este asunto.

Edward sonrió.

-Naturalmente, mister Hoondrich. En la Tierra, valiéndose de sus relaciones y sus influencias, espera poder arreglarlo, ¿verdad? Su plan le ha salido mal, pero todavía confía en enmendarlo. Lástima que me parece que no voy a darle este placer.

Hoondrich se volvió rápidamente hacia él.

-¿Qué quiere decir?

-Cuando he descubierto la razón de la presencia de la bomba en los reactores, he sentido la tentación de matarle, Hoondrich. Lo hubiera hecho, y le confieso que sin la menor vacilación. Pero luego, mientras le buscaba, he ido meditando. Y me he dicho que sería demasiado piadoso terminar en seguida con usted. Existe otro castigo mucho más apropiado. Y voy a

aplicárselo.

-¿Qué es lo que pretende?

-Nada, mister Hoondrich. Sólo decirle que no vamos a regresar a la Tierra. Sus propias armas se han vuelto contra usted. Y ahora, gracias a su bien estudiado plan, la nave «Osterwold» se encuentra completamente sin control, obligada a seguir una ruta que la aleja cada vez más del sistema solar. No volveremos a la Tierra, ¿comprende, mister Hoondrich? Estamos obligados a vagar por el espacio eternamente. Hasta nuestra muerte.

CAPÍTULO V

DESTINO, EL INFINITO

Hoondrich abrió enormemente los ojos al oír las palabras de Edward. Durante unos segundos permaneció silencioso, como si no hubiera acabado de comprender el verdadero significado de las palabras que acababa de escuchar. Al fin murmuró:

-¿Qué... qué ha dicho?

-Lo que ha oído, mister Hoondrich. Que este viaje, que empezó como un simple viaje de Saturno a la Tierra, se ha convertido en algo completamente distinto. En un viaje sin fin. En un viaje cuyo destino es sólo uno: el infinito.

Hoondrich tragó saliva. Por unos momentos contempló su copa vacía, y de ella su vista ascendió hasta el rostro de Edward. Musitó:

-No... no es posible. No puede ser. Yo...

-No es necesario que siga, mister Hoondrich Admito que no quiera reconocerlo, pero no es más que la pura verdad. Una verdad a la que, aunque quiera, no podrá escaparse. Estamos condenados, mister Hoondrich. Condenados a una muerte lenta, inexorable. Todos. Usted también. Usted, promotor de todo lo sucedido. No podrá escapar a los efectos de su propia obra. Y eso será lo más gracioso del asunto. Porque usted mismo se habrá autoasesinado.

-¡Cállese!

Intentó marcharse, huir de aquella voz que acababa de anonadarle con sus palabras. Pero Edward se lo impidió, reteniéndolo por un brazo y obligándole a quedarse junto a sí.

-No, mister Hoondrich, no se vaya. Aún no he terminado. Todavía me queda algo por decir. Los pasajeros todavía no saben nada de lo que en realidad ha sucedido; aún creen que todo ha sido un simple accidente sin importancia. Hay que decirles la verdad. Yo no tengo por qué hacerlo, no he sido el responsable de lo ocurrido. Usted es el verdadero causante. Por lo tanto, usted lo hará en mi lugar.

Hoondrich le miró con ojos asustados.

-¿Qué es lo que pretende?

-Solamente eso: que les diga la verdad. Cuénteles cómo lo ideó todo, cómo lo llevó a la práctica y cuáles han sido los resultados. A, los restantes

pasajeros les gustará oírlo, ¿no le parece?

-¡Me matarán!

-Tal vez. De todos modos, no podrá salvar su vida; todos estamos condenados a muerte. Incluso quizás sea más benigno para usted el que le maten que no tener que esperar la venida de la muerte, lenta pero inexorable. Quizás incluso le hagan un favor.

Hoondrich se pasó la lengua por los resecos labios.

-No puede obligarme a hacerlo.

-Cierto; no puedo obligarle. Usted es un pasajero, y un pasajero importante encima. Principal accionista de la «Hoondrich y Wick and Company», presidente de la Compañía Interespacial Terrestre... No, no puedo obligarle. Pero lo haré. Nadie habrá que me pida cuentas luego. De modo que será mejor que obedezca. Y piense que tengo un buen argumento: éste.

Y sus manos mostraron el revólver de reglamento que llevaba permanentemente al cinto. Hoondrich lo miró, y luego miró a Edward. Volvió a tragar saliva.

-Esto es una amenaza...

-Lo sé. El revólver lo indica claramente. Y dice que lo mejor que puede hacer es obedecerla. Vamos, siga adelante. Los pasajeros están ansiosos de oírle.

Empujó con el cañón a Hoondrich, y éste no tuvo más remedio que empezar a andar. Así, uno tras el otro, fueron avanzando por la cubierta...

* * *

Sentado en el sillón de mandos, con la cabeza hundida entre los hombros, contemplaba sin ver los cálculos efectuados por el piloto sobre el nuevo rumbo al que estaban sometidos. No estaba todo lo satisfecho que debería de su proceder, se decía. Ahora, cuando ya había terminado, lo reconocía; no lo estaba.

¿Qué había logrado obligando a Hoondrich a confesarse directo culpable de lo ocurrido ante los pasajeros de la nave? Sí, había logrado apartar de sí toda la responsabilidad de lo ocurrido; no se había tratado de un caso de negligencia por su parte. ¿Y qué más? Nada más. Nada, salvo dirigir la furia de los pasajeros hacia un solo cauce, el del hombre que los había arrojado a aquella situación. Había ofrecido una diana sobre la que descargar la tensión emocional que les produjera la noticia de su dramática situación.

Recordaba aún lo ocurrido en la sala donde se habían reunido los pasajeros a su llamada, la sala de espectáculos como se la llamaba. Durante los primeros minutos subsiguientes al planteamiento de la cuestión, un silencio pesado cayó sobre todos los presentes. Nadie acababa de ver el alcance verdadero de lo que habían oído. Y por eso se formularon muchas preguntas. ¿Cuál era la gravedad de la situación? ¿Qué soluciones había a la misma? ¿Cuánto tardaría en volverse a la normalidad? No fue hasta después que, lentamente, fue penetrando la verdad en sus mentes. La situación no era grave, era desesperada. No existía ninguna solución. Sólo aguardar. Aguardar... ¿qué?

Y entonces todas las miradas se dirigieron hacia Hoondrich.

Fue la reacción lógica. Los pasajeros no pensaron ya en cual era la situación, sino en «quien» la había provocado. Los ojos se cargaron de odio. Y todas las manos se engarfiaron, como si mentalmente se ciñeran en tomo al cuello del hombre. De varias bocas brotaron algunos insultos y maldiciones...

Fue entonces cuando Edward comprendió la reacción que se iba a producir. Vio que la furia de todos los allí reunidos se descargaría en Hoondrich, y éste no saldría muy bien librado de ella. En aquellos momentos, todos los allí presentes le odiaban con todas sus fuerzas. Y con un odio material, sensible. En sí, a Edward no le importaba que Hoondrich cayera bajo las manos de los demás; al fin y al cabo era culpable y merecía su castigo. Pero tampoco debía permitir que esto sucediera. No debía dejar que los demás se lanzaran por el sendero de la violencia.

Por eso, cuando uno de los pasajeros, un hombre alto, robusto, con una cara cuadrada, de boxeador, se levantó sin decir palabra y, con intenciones bien visibles, avanzó hacia Hoondrich, Edward sacó de nuevo su pistola, y apuntó con ella a todos los presentes.

-Será mejor que no dé un paso más -advirtió al hombre-. Y no intente poner sus manos sobre este hombre.

El otro se detuvo, brevemente indeciso.

-¿Acaso le defiende?

-No. Pero tampoco estoy dispuesto a permitir que se ensañen con él.

Hoondrich había retrocedido un par de pasos, evidentemente asustado. Desde que empezara a hablar, bajo la amenaza de Edward, su rostro había adquirido el albo color del papel. El hombre le miró unos instantes, y luego

volvió a mirar a Edward.

-Entonces -preguntó-, ¿por qué le ha obligado a que nos dijera la verdad de lo sucedido?

Edward tuvo que reconocer que en realidad no podía decirlo, ¿Qué le había impulsado a ello? No lo sabía.

-Quería que supieran la verdad, nada más -respondió.

-Ahora ya la sabemos. ¿Y qué más?

-Nada. Sólo que nadie tocará un pelo de este hombre.

El otro rió sarcásticamente.

-¿Acaso piensa llevarlo a la Tierra para ser juzgado por un tribunal competente?

Edward se mordió los labios.

-No es momento de ironías. Confieso que mi primer impulso, cuando conocí la verdad de lo sucedido, fue lanzarme contra Hoondrich y matarlo con mis propias manos. Pero luego raciociné. Este hombre nos ha conducido a una muerte cierta. Una muerte a largo plazo, pero una muerte al fin y al cabo. ¿Pretende usted privarlo del placer de contemplar su obra hasta el fin? Yo no lo haría.

El hombre dudó unos momentos. Miró a Hoondrich y luego a Edward. Musitó:

-Entonces, ¿qué es lo que pretende hacer? ¿Dejarle en libertad junto a los demás pasajeros, a nosotros?

-No. En esta nave existen también celdas. Los reos y criminales de Saturno son enviados cada seis meses a la Tierra para ser juzgados o internados en prisión según los casos. La nave dispone de celdas apropiadas para este uso. En este viaje no transportamos ninguno de ellos; las celdas están todas vacías. Hoondrich puede ser encerrado en una de ellas. Viviendo con nosotros hasta el fin. ¿No les parece que es el mejor castigo que puede aplicársele? Sería demasiado compasivo acabar con él antes de tiempo. Y él, el más culpable de lo sucedido, sería el único que saldría ganando de todos nosotros.

El hombre sonrió.

-Sí, capitán, tal vez tenga razón. No podemos privarle de contemplar este gran espectáculo. Enciérrelo, es lo mejor.

Y Hoondrich había sido encerrado en una de las celdas de la nave.

Encerrado solo, sin poder hacer nada, sin poder pensar en nada más que en su situación, y en el fin que se avecinaba, ensimismándose en aquella idea, obsesionándose con ella...

Pero Edward no estaba ahora satisfecho de su proceder, de su actuación. Se decía que no había hecho más que obrar con estricta justicia. Pero recordaba: su primitiva intención y su cambio de idea, sus palabras ante los demás pasajeros... «Sería demasiado compasivo terminar con él de una vez. Debe quedarse hasta el final. No podemos privarle de este gran espectáculo.» ¿Venganza?

No lo sabía. Pero recordaba una sentencia: «ojo por ojo y, diente por diente». ¿Era ésa la justicia que había empleado? Cierto que Hoondrich había procedido criminalmente, pero ¿y él? ¿No se había ensañado con Hoondrich? ¿No se había dejado llevar por un desmedido rencor y afán de venganza, de hacerle pagar al otro lo hecho, procurando devolver, al ciento por uno, el castigo de lo que el otro les había infligido?

Volvió a contemplar distraídamente los cálculos, sin prestarles siguiera atención. Su conciencia empezaba a decirle que no había procedido correctamente con lo que él entendía era la ley y la justicia. Pero ahora era ya demasiado tarde para rectificar. Demasiado tarde para todo.

En aquel momento la puerta de la cámara de mandos se abrió, y Edward volvió la cabeza. No era un tripulante, y sintió tentaciones de responder desabridamente que la cabina de mandos estaba prohibida para los pasajeros. Pero se contuvo al reconocer en la persona que había entrado a la hija de Hoondrich.

La muchacha quedó unos instantes indecisa en la puerta, sin atreverse definitivamente a entrar. Edward se levantó. La cámara de mandos estaba en aquellos momentos desierta, sólo él se encontraba allí. Shutters y el piloto, agotados después de su trabajo, se habían retirado a descansar; además, su presencia allí ya no era necesaria. Hilmax había hecho también lo mismo, después de dejar en el aparato transmisor una cinta sin fin en la que se indicaba continuamente lo sucedido, el percance sufrido y la situación de la órbita excéntrica que seguían, junto con un receptor-grabador dispuesto por si se recibía alguna noticia. Aunque todos sabían que era inútil; no podían recibir ayuda.

Edward se acercó a la muchacha, y cuando llegó a unos pasos de ella

se detuvo. Durante unos segundos permanecieron ambos en silencio. La muchacha, con la vista baja, sin atreverse a decir nada, y Edward mirándola a ella, inmóvil también, sin acertar tampoco qué decir. Al fin, haciendo un esfuerzo, se decidió a preguntar:

-¿Qué desea?

La muchacha pareció despertar de un sueño.

Levantó la vista y miró a Edward. Tardó unos segundos en contestar:

-Quería hablarle... sobre mi padre.

Se hizo un silencio. Edward hubiera querido responder una frase hiriente sobre Hoondrich, pero no pudo hacerlo. Bruscamente sintió lástima por la muchacha. Indudablemente no había sabido nada de la verdad hasta entonces, y la impresión al conocerlo habría sido fuerte. Se sintió en cierto modo culpable de lo sucedido, y se arrepintió una vez más de su ensañamiento con Hoondrich. Tras unos instantes de vacilación, indicó una silla a la muchacha.

-Siéntese, por favor.

Así lo hizo ella, y Edward fue a ocupar otro asiento frente al suyo. Pensó que estaba contraviniendo con ello las ordenanzas, pero se encogió de hombros. ¿Qué importaban ya las ordenanzas?

La muchacha permanecía silenciosa, como si no supiera qué era lo que tenía que decir. Edward aguardó unos momentos. Y luego, al ver que ella no se decidía, inquirió:

-¿Qué es lo que deseaba decirme?

La muchacha levantó levemente la vista. Sonrió, con una sonrisa apagada y triste.

-No lo sé -repuso con franqueza-. No sé lo que quería decirle. Ni sé si en realidad quería decirle algo. Sólo sé que he sentido la imperiosa necesidad de venir aquí, a hablarle.

Hizo una pausa. Edward estaba en cierto modo sorprendido de aquellas palabras. Fue a decir algo, pero se calló. La muchacha continuó:

-Es curioso cómo una noticia que nos afecta directamente nos altera de tal modo, que sentimos la necesidad de hablar, de confiarnos a alguna persona, aunque no sepamos qué es lo que tenemos que decirle para ello. Es preciso sentir el consuelo de otra voz, de oír a alguien que nos dé algunas palabras de confianza...

-Lo comprendo, señorita.

La muchacha asintió quedamente. Y tras una corta pausa dijo bruscamente:

-Capitán, yo no sabía nada de lo que se proponía hacer mi padre.

-Ya lo sé. Mejor dicho, me lo he supuesto.

-Pero tampoco comprendo cómo pudo llegar a hacer una cosa así. Es algo que no puedo explicarme.

Edward vaciló unos momentos.

-Hay veces en que los hombres proceden de una forma totalmente inesperada, incomprensible a veces. Pero proceden así. Es inútil intentar buscar una explicación satisfactoria a sus actos. Lo hacen, esto es todo.

La muchacha asintió con la cabeza.

-Si no lo hubiera oído de sus propios labios, no hubiera llegado a creerlo nunca. Es todo tan incomprensible...

Edward sintió de nuevo remordimientos.

-Lamento que haya tenido que asistir a ello. Quisiera que...

-No es necesario que se justifique, capitán. No tiene ninguna culpa. Usted cumplió con su deber.

-Tal vez me ensañé demasiado con él.

-Cualquier persona hubiera hecho lo mismo. Ante un hombre que... que no ha vacilado en sacrificar ciento cincuenta vidas...

Hundió la cabeza entre los hombros, y rompió a llorar silenciosamente. Edward hubiera querido acudir a consolarla, pero no lo hizo. ¿Qué hubiera conseguido con ello?

La muchacha levantó repentinamente la cabeza.

-Capitán, ¿podría hablar con mi padre?

La pregunta cogió a Edward de sorpresa, no se la esperaba. Dudó unos momentos.

-¿Cree que será beneficioso para usted? -reflexionó-. No creo que pueda sacar de ello más que aumentar su tristeza.

-Lo sé, capitán. Pero deseo hacerlo. Quiero oírselo decir de sus propios labios. Sólo así me convenceré definitivamente de que no estoy soñando.

Edward asintió.

-Lo comprendo. Y por mí no tengo ningún inconveniente.

*   *   *

La muchacha salió de la celda, y Edward cerró, la puerta a sus espaldas. Apoyándose en la pared, la hija de Hoondrich permaneció unos instantes inmóvil, como paralizada.

-¿Le sucede algo?

La muchacha pareció despertar de un letargo. Con la mano se secó los ojos.

-Tenía usted razón, capitán -murmuró-. No debí haber acudido.

-¿Qué ha sucedido?

-Nada. Sólo que no ha querido verme. Me ha dicho que ya habían sido bastantes en atormentarlo. Y cuando le he preguntado si era verdad lo que había dicho, si había hecho... ¡Oh, ha sido horrible!

Se cubrió la cara con la mano, e hipó convulsivamente. Edward deseó acercarse a ella, consolarla, pero no se atrevió. Apartando la mano, la muchacha continuó:

-Nunca había conocido a mi padre así. Se ha mostrado irónico, casi cruel. Ha dicho que sí, que lo había hecho. Que quería dinero, que necesitaba dinero. Y que no había reparado en medios para conseguirlo. Los minerales valían muchos millones y era lo que necesitaba. Y que de no haber sido por el capitán, por usted, a estas horas... No, no quiero pensar lo que ha dicho.

Se separó de la pared, y anduvo pasillo adelante, en dirección al centro de la nave. Edward se colocó a su lado. Tras ellos, junto a la puerta de la celda que ocupaba Hoondrich, quedó el centinela que había dejado allí para evitar que nadie se acercara con malas intenciones.

-Para mí -continuó la muchacha-, nunca había sido como un verdadero padre. No existía entre nosotros este amor que hay entre padres e hijos; parecía más bien que yo fuera una empleada, su secretaria. Pero a pesar de todo yo le quería. Y en cambio, ahora...

Se detuvo unos momentos, y se volvió hacia Edward.

-Usted tal vez no lo comprenda, capitán. Pero es como encontrarse con que una persona que siempre ha sido de un modo se convierte de repente, en otra muy distinta. Para mí, mi padre ha cambiado mucho desde esta mañana. No sé si es que lo he visto a la luz de la verdad, o bien es que realmente ha cambiado. Pero parecía otra persona.

-Todos hemos cambiado un poco -murmuró Edward-. Esta nueva

situación nos ha trastornado a todos. Su padre esperaba un beneficio, y en cambio...

La muchacha volvió a detenerse.

-Capitán -preguntó repentinamente-. ¿Es cierto que nuestra situación es tan desesperada como ha dejado ver?

Edward asintió con la cabeza.

-Sí. Nos encontramos por completo a merced del destino. Sólo un milagro podría salvamos.

-Siempre queda alguna esperanza.

-Desearía poder creer eso yo también. Pero la razón me dice que estas esperanzas son tan ínfimas que se pierden entre la inmensidad del espacio.

-¿No cree en los milagros?

-Sé que existen. Pero nunca he visto ninguno. Y esto me hace dudar.

La muchacha asintió con la cabeza.

-Tal vez tenga razón, capitán. Tal vez los milagros no existan. O quizás nosotros no somos merecedores de ellos. Perdóneme.

Se volvió bruscamente, y echó a correr pasillo adelante. Edward avanzó una mano, pero no hizo nada para detenerla. La contempló como se alejaba, hasta que desapareció de su vista. Movió la cabeza de un lado para otro. No creía, se dijo, pero quería creer. Quería creer. «Quería creer».

CAPÍTULO VI

COHETES AUXILIARES

Se detuvo en la sub-cubierta de la nave, contemplando a su alrededor. Todavía le parecía oír las últimas palabras de la hija de Hoondrich: «Los milagros no existen. O quizás nosotros no somos merecedores de ellos». Y una voz parecía resonar en su interior: «Existen, existen».

Pero, ¿dónde?

La sub-cubierta era una inmensa bóveda que separaba la parte de máquinas de la nave de la parte superior, de los pasajeros y tripulación. Allí se encontraba la compuerta de entrada general a la nave, las cabinas estancas, los trajes espaciales almacenados, los instrumentos necesarios para cualquier salida al exterior... y, en un extremo, colocados en sus respectivos rieles de lanzamiento, los cohetes auxiliares de la nave. Seis cohetes capaces para cuarenta personas cada uno. Lo suficiente para poder embarcarse en ellos toda la tripulación y pasajeros de la nave. Pero no les servían.

Volvió a repasar las posibilidades. La última conversación con la hija de Hoondrich le había dejado una especie de desasosiego, de intranquilidad. Había sentido de repente la sensación de que no todo estaba perdido, de que no todo podía estar perdido. Había de existir algo, alguna solución que les salvara. No podía ser que los destinos de más de ciento cincuenta personas fueran trazados así, tan brutalmente, tan inexorablemente. Las palabras de la muchacha le habían hecho entrever que había de existir una solución. «Siempre existe una esperanza», había dicho.

¿Pero dónde estaba esta esperanza?

Volvió a mirar las moles de los seis cohetes auxiliares, seis aparatos en forma de flecha, con alas en delta, plegables al inferior del aparato. Con ellos no podían volver a una órbita conocida, ni lanzarse al espacio con la esperanza de que una nave acudiera en su auxilio; el combustible y el oxígeno se les agotaría mucho antes de que llegara este socorro. Y ellos estarían ya muertos cuando llegara la salvación. No, no podían hacer nada con ellos.

Recordó una de las cuestiones que le formulara uno de los pasajeros. Los motores de la nave estaban intactos, lo que había sufrido daño eran los reactores. ¿Por qué no emplear los de los cohetes auxiliares para suplir los destrozados?

Sonrió levemente. Para cualquier persona algo versada en

astronáutica, la idea era absurda. Aunque hubiera podido realizarse, se necesitarían efectuar una serie de ajustes y conexiones imposibles de llevarse a efecto en la situación actual y con los medios de que disponían. Los reactores debían estar herméticamente ajustados a la tobera de salida de los motores. Además, existía una sola cosa que hacía por completo impracticable toda la idea: los motores de la nave y cohetes eran por completo distintos entre sí, tanto en naturaleza como en índole. La «Osterwold» era impulsada por un motor movido a energía atómica, mientras que las naves auxiliares estaban solamente equipadas con motores a propulsión.

La diferencia en sí era notable. Así como el motor de la «Osterwold» empleaba uranio como combustible, los de las naves auxiliares eran movidos por hidracina, y ácido nítrico como carburante. Eran dos tipos de motores completamente distintos y por entero inacoplables entre sí...

Edward se detuvo de repente en aquel punto de sus meditaciones. ¿Inacoplables?

Contempló las moles de los seis cohetes auxiliares, colocados en sus respectivos rieles de lanzamiento. ¿Inacoplables?

Bruscamente, la idea había acudido a su cabeza. Cierto, no se podía intentar usar los reactores de las naves auxiliares para hacer funcionar los motores de la «Osterwold». Pero ¿acaso era imposible usar no sólo los reactores, sino todos los motores de las naves, las naves mismas, para impulsar y gobernar la otra nave?

Repentinamente creyó haber hallado la solución buscada hasta entonces. La cuestión era en sí lógica y hasta cierto punto sencilla. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes?

«Gracias, señorita Hoondrich -pensó-. Inconscientemente, usted ha sido la que ha dado con la solución».

Emprendió rápidamente el regreso a la cámara de mandos, presa de una súbita agitación. Lo veía todo muy claro en su mente: usar el impulso de las naves auxiliares para impulsar a la nave central. Nada más sencillo y al mismo tiempo más eficaz. Se hacía cruces por no haber pensado en ello antes. Sin embargo, aún no era tarde; todavía estaban a tiempo.

Penetró como una tromba en la cámara de mandos, y se lanzó a hacer los cálculos necesarios. Cierto, asegurando las naves auxiliares a los costados de la nave principal, al igual que los propulsores de los aviones cohetes

colocados en las alas, se podían usar muy bien sus impulsos, coordinados y dirigidos adecuadamente, para gobernar a la «Osterwold».

Pero...

Pero su alegría se disipó rápidamente, y el entusiasmo le cayó a los pies. Sí, podía hacerse, pero también era inútil. El impulso que podían prestar a la «Osterwold» los seis cohetes auxiliares coordinados no era el suficiente. No era lo bastante como para hacer que la nave regresara a la Tierra. Ni siquiera el suficiente para colocarla en una nueva órbita desde la cual pudiera ser auxiliada. El peso de la «Osterwold» (mejor dicho, su «masa», ya que es del todo impropio hablar de peso en el espacio) necesitaba una mayor cantidad de energía para impulsarla que la que necesitaban los cohetes auxiliares. Lo que hacía que fuera del todo insuficiente el potencial de éstos. Lo único que conseguirían de ellos sería variar su órbita actual por otra igual o peor. Nada más.

Dejó caer el papel en el que había realizado los primeros cálculos, que habían servido para desvanecer todas sus ilusiones. Ya no era necesario continuar. Sabía que era inútil, no conseguirían nada. La verdad era incuestionable.

En aquellos momentos, Edward hubiera deseado que algún aerolito u otra clase de cataclismo cósmico hubiera terminado de una vez con la nave y todos ellos. Es doloroso, cuando se concibe una esperanza, sentir de nuevo derrumbarse el castillo de las ilusiones apenas esbozado. Es completamente descorazonador.

La puerta de la cámara de mandos se abrió, y Shutters apareció por ella. Acercándose a Edward, le puso una mano en el hombro.

-Será mejor que descanses. Ya sé que todo es inútil, pero no por eso hemos de perder la serenidad. Nosotros somos quienes más hemos de conservarla.

Edward asintió y se levantó. En realidad se sentía cansado. Física y mentalmente cansado. Cedió el sitio al segundo.

-¿Qué es eso? -inquirió Shutters, tomando la hoja en la que Edward había trazado los primeros cálculos.

Edward sonrió con cierto sarcasmo. Pensó en su agitación, en su ansiedad cuando creyó haber encontrado la solución.

-Nada -respondió-. Una utopía. Una estúpida utopía.

Dio media vuelta, y se dirigió a paso lento hacia su camarote.

* * *

Intentó dormir, pero fue inútil. Se embotó el cerebro con calmantes, con somníferos, con drogas, pero también fue inútil. Una idea fija rondaba en su cerebro. Una idea que se iba agrandando, agigantándose. Eran sólo dos palabras. Sin remedio. «Sin remedio».

Era algo desesperante. Saberse condenado, atado de pies y manos, viendo cómo se viaja inexorablemente hasta el fin, sin poder hacer nada, inevitablemente...

Y lo de las naves auxiliares. «Qué estúpido llega a ser el hombre a veces». Si no se hubiera entusiasmado tan rápidamente, si no se hubiera exaltado, hubiera comprendido enseguida la locura de aquel proyecto. Hacer cambiar una nave de rumbo cuesta poco; basta un chorro de energía de uno de sus propulsores. Pero para cambiar una nave de órbita es preciso un control muy rígido de los impulsos desviatorios, continuas aceleraciones y desaceleraciones... y una gran cantidad de energía para todo ello. Y para hacer dar a la nave una vuelta completa es preciso también mucho impulso de energía en poca cantidad y mucha potencia, si es en un círculo cerrado, y en poca potencia y mucha cantidad si es en un círculo abierto. Ellos no tenían ni lo uno ni lo otro; ni potencia ni cantidad. Luego, no podían hacer nada. Nada. Nada...

Al fin, tras mucho lucubrar sobre ello, con la cabeza pesada y el cerebro embrutecido por las drogas y los calmantes, con la mente agotada de tanto dar vueltas sobre lo mismo, siguiendo el razonamiento de un círculo sin fin, consiguió dormirse. Fue un sueño letárgico, alterado constantemente por pesadillas y visiones que no eran más que la materialización de sus propios pensamientos. Un sueño que no le quitó el cansancio, antes bien se lo agravó, se lo aumentó, cargándoselo sobre sus hombros como el lastre de un peso excesivo.

Cuando despertó, habían transcurrido nueve horas desde que se retirara a su camarote. Se levantó del camastro, y se contempló el rostro en el espejo. Estaba alterado, con profundas ojeras y los párpados hinchados. Los calmantes que había tomado, lejos de relajarle los nervios, lo habían enervado.

Se dirigió hacia el pequeño armario del camarote, sacando una botella de coñac. El alcohol estaba prohibido para la tripulación en servicio de la

nave, pero hay veces que el capitán necesita beber algo para seguir conservándose lúcido. Por eso conservaba aquella botella.

Pero Edward no bebió de ella. Iba ya a hacerlo, pero tuvo la suficiente cordura para comprender a tiempo que en aquellos momentos el alcohol lo único que le haría sería aturdirle aún más. Volvió a dejar la botella en su sitio, y se dirigió a la ducha. Se desnudó, y dejó que el agua helada corriera un buen rato sobre su cuerpo y cabeza. Aquello le despejó algo. Se frotó vigorosamente todo el cuerpo, y se vistió de nuevo. Volvió a abrir el armario, y contempló otra vez la botella. La sacó de nuevo. Llenó un vaso, y olió su penetrante aroma. Pero no bebió. Sabía cómo le haría más bien. Se roció abundantemente toda la cara y la cabeza con él, y se frotó vigorosamente. Sintió el escozor penetrante del alcohol al penetrarle por los poros de la piel, y aquello acabó de reanimarle. Se secó la cara, se la enjuagó abundantemente con agua, y volvió a depositar la botella en el anaquel. Ahora no la necesitaba, pero quizás llegara el momento en que tuviera que hacer uso de ella. Era mejor conservarla.

Se vistió la guerrera y se la abotonó. Pensó en los pasajeros. Aunque su excitación había sido grande después de conocer la noticia, se lo habían tomado con relativa calma. O quizás todavía no habían acabado de reaccionar. Las reacciones en asuntos de esta naturaleza suelen venir después, cuando las ideas han madurado un tiempo en el cerebro. Edward estaba seguro de que dentro de un par o tres de días empezarían a venir los verdaderos problemas. Los problemas internos de la nave. Y con ellos los disturbios. Entonces quizás necesitara del coñac. Aunque fuera tan sólo como alcohol para desinfectar heridas.

¿Pero qué estarían haciendo en aquellos momentos los ricos y desesperados pasajeros?

Unos leves golpes en su puerta fueron el preludio indicador de que su propia pregunta no iba a tardar en mucho tiempo en ser contestada.

Terminó de abrocharse los botones del cuello de la guerrera, y acudió a abrir. Al otro lado apareció una cara que no conocía. No era nadie de la tripulación; era un pasajero.

Lo examinó brevemente. Era un hombre alto, robusto, de unos cuarenta y cinco años, con un poblado bigote gris. Sus ojos se escudaban tras unas gafas de cristal-filtro intenso.

-¿Qué es lo que desea? -inquirió.

El hombre dudó unos instantes. Miró a un lado y otro del pasillo, y al fin se decidió:

-Desearía hablar unos instantes con usted, capitán. A solas, si es posible.

Edward le indicó que pasara. El hombre penetró en el camarote, mirando a todos lados, como si temiera encontrarse con alguien. Fue a sentarse en la punta del camastro. Edward, reclinado en la pared, de pie frente a él, aguardó.

El hombre tardó unos segundos en hablar. Se retorció nerviosamente las manos, en signo evidente de estar asustado por algo. Al fin se decidió:

-He venido a pedirle un favor, capitán. No puedo seguir aquí por más tiempo. No puedo, se lo juro. He de salir de aquí cuanto antes. Y usted debe ayudarme.

Aquellas palabras sorprendieron enormemente a Edward. ¿Salir de allí? ¿Ayudarle?

-No le comprendo -musitó-. ¿Cómo puedo ayudarle a salir de aquí?

El hombre se le acercó.

-No me importa cómo, capitán. No me importa nada con tal de irme. ¡No puedo aguantar más, capitán, ¿es que no lo comprende! ¡Me ahogo ahí dentro! ¡Me siento encerrado entre estas paredes metálicas, no puedo resistirlo más!

Edward empezó a comprender al oír aquellos gritos. Claustrofobia. Después de la noticia, la asociación de la idea de que no podían salir de allí, de que estaban condenados a permanecer encerrados en la nave hasta la muerte, había ido derivando en la idea de que aquellas cuatro paredes pesaban sobre él, le oprimían, le ahogaban. Claustrofobia. Pero, ¿qué podía hacer él para ayudarle? Nada. Sólo habían dos remedios para la claustrofobia: sacar a aquel hombre de allí, o llevarlo a un psiquiatra. Las dos cosas eran imposibles en aquellos momentos. ¿Qué podía hacer?

El hombre se acercó a él, cogiéndole por las solapas.

-No puede dejarme aquí, capitán, no puede hacer eso conmigo. Ha de ayudarme. Escúcheme, mi nombre es Rolf Hendern. Usted habrá oído hablar más de una vez de mí, ¿verdad? -Edward asintió; sí, había oído hablar del rey de los aceros alemanes-. Sabe que soy rico; muy rico. Le daré lo que me pida;

lo que quiera. Estoy dispuesto a dárselo todo. Pero sáqueme de aquí, capitán. ¡Sáqueme de este lugar, por lo que más quiera!

Edward hubiera deseado poder decirle que sí, que le ayudaría, pero no podía hacerlo. Intentó tranquilizarle:

-Sosiéguese, por favor, mister Hendern; cálmese. No logrará nada exaltándose. Intente tranquilizarse.

Pero el hombre no se tranquilizó; siguió agarrado a las solapas de su guerrera, tirando de él. Murmuró:

-¿Todavía no quiere ayudarme, capitán? ¿Es poco lo que le ofrezco? Claro, empiezo a comprender. Estoy seguro que todo es obra suya, capitán. Usted ha sido quien ha provocado la explosión, quien lo ha preparado todo. Usted, capitán. ¡Usted! Intenta hacernos un chantaje, ¿verdad? Sabe que todos somos gente rica, que podemos pagar el rescate que pida. Sí, eso es. Intenta secuestrarnos, ¿no? ¡Pues no lo conseguirá, se lo advierto! Yo tengo muchas influencias en la Tierra. Le denunciaré. Le encarcelaré. Haré que le juzguen, que le condenen. Lo ajusticiarán. Lo enviarán a las minas de Saturno, y allí morirá. ¡Pero sáqueme de aquí, capitán! ¡Sáqueme de aquí!

Edward lo sujetó por las manos, intentó quitárselas de encima,

-Está bien, mister Hendern, de acuerdo. Le sacaremos de aquí, se lo prometo. Pero dentro de unos minutos, ahora no. Vaya a su camarote, y aguarde allí. Ya le avisaré. Puede estar tranquilo, le ayudaremos. No dejaremos que permanezca más tiempo aquí dentro. Pero ha de obedecerme.

El hombre aflojó su presión, y retrocedió unos pasos. Miró unos momentos a Edward.

-¿Intenta engañarme, capitán? Sé que no cumplirá su promesa. No, no lo hará. Usted también tiene miedo, capitán. Está asustado. Necesita beber para calmarse, ¿no? Toda la habitación huele a alcohol. Ha estado bebiendo para tranquilizarse. ¡Se ha emborrachado! ¿Verdad, capitán? ¡También usted tiene miedo! ¡También usted!

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Edward maldijo la fricción de coñac. Intentó sujetar al hombre, pero no lo consiguió. Hendern salió al pasillo, y echó a correr hacia adelante, gritando:

-¡No lo conseguirá, capitán! ¡No conseguirá engañarme! ¡Usted también se ha emborrachado!

Edward estuvo tentado de ir en su seguimiento, pero se detuvo. No, se

dijo, no valía la pena. Había otras cosas más importantes que hacer. Rolf Hendern era solo el primero que había caído. Su miedo, un principio de proceso de claustrofobia, unas copas para intentar olvidar... Otros le seguirían indudablemente. Era preciso estar prevenido.

Uno de los tripulantes de la nave pasó por allí, y Edward lo llamó.

-¿Conoce a uno de los pasajeros, un tal Rolf Hendern?

El hombre asintió con la cabeza; era uno de los encargados del servicio de la cubierta de pasajeros, y una de sus misiones era conocer los nombres de todos ellos a fin de poder dirigirse por sus propios nombres a cada uno.

--Está bien -dijo Edward-. Entonces vaya a las cubiertas de pasajeros, y localícelo. Está algo bebido y tiene un nerviosismo bastante exaltado. Si lo encuentra por alguna de las cubiertas llévelo a su camarote. Y no lo deje salir de él hasta que se haya calmado. ¿Ha comprendido?

El hombre asintió, y Edward lo despidió. Se dirigió, tras una breve duda, a la cámara de mandos. Allí se encontraba Shutters, en el sillón de mandos, observando distraídamente los instrumentos. Hilmax, que había acudido poco después, había revisado la grabadora, sin encontrar ninguna contestación. El piloto, cuyo trabajo era ya en aquellas circunstancias completamente inútil, se encontraba en su cabina, franco de servicio.

Edward se dirigió hacia el intercomunicador y lo conectó con las cabinas de la tripulación.

-Atención, les habla el capitán. Pertréchense de armas, y establezcan tumos de vigilancia en las cubiertas de pasajeros. Intenten pasar desapercibidos y procuren no despertar alarmas, pero estén atentos para intervenir rápidamente al menor síntoma de violencia. No disparen nunca, pero dominen cualquier intento con rapidez, aunque sea amenazando con las armas. Sofoquen al menor indicio de conversaciones violentas y palabras fuertes; no dejen que los pasajeros se exciten demasiado, ¿han comprendido? Y estén atentos. Establezcan turnos para que queden cubiertas las veinticuatro horas del día. Posteriormente ya les daré instrucciones más detalladas; de momento corto.

Shutters se levantó del asiento, dirigiéndose rápidamente hacia él.

-¿Sucede algo?

-De momento no. Pero los pasajeros empiezan a darse cuenta de que

la cosa es seria en grado superlativo, y empiezan a notarse los efectos. Uno de los pasajeros ha llegado a excitarse demasiado, y no quiero que la cosa se repita. No quiero disturbios en la nave, mientras pueda evitarlos. De modo que será mejor estar prevenidos.

Shutters asintió.

-¿Pero por cuánto tiempo piensas poder dominarlos, Edward? No intento desanimarte. Es sólo una pregunta sincera.

El capitán suspiró.

-No lo sé, Bryan, y eso es lo peor. Sé que llegará este momento que dices, en el que no podremos hacer nada para contenerlos si se desbordan. Pero mientras, intentaré dominarlos. Aunque sepamos el destino que nos aguarda, no podemos dejamos llevar todos por la desesperación. Eso significaría la llegada del principio del fin. Y pienso evitarlo hasta que pueda. A toda costa.

CAPÍTULO VII
TENSION

El día transcurrió en un clima completo de tensión. Durante todo el transcurso de la jornada, los pasajeros permanecieron en la cubierta de recreo, jugando, mientras un grupo se convertía en cliente perenne del bar, animado por el deseo de beber la mayor cantidad de licor posible antes de que se agotaran las existencias.

Sin embargo, en todas partes se adivinaba la tensión. La idea fija de cual era su destino ineludible empezaba a grabarse en todos los cerebros, constituyéndose en obsesión. Nadie prestaba atención a lo que hacía, a lo que jugaba; todos se ensimismaban en sí mismos. En sí mismos y en sus ideas. Los que jugaban al ajedrez permanecían largos ratos enfrascados en sí mismos, dejando transcurrir grandes espacios de tiempo antes de mover descuidadamente una ficha, cualquiera, la que les venía primero a la mano, sin que el otro pareciera tampoco advertirlo. Cada cual estaba pendiente de un solo centro: él y sus pensamientos, y lo demás relegado a un término secundario. Así, lentamente, se iba fraguando el estallido...

El primer incidente se produjo en el bar. Y por un motivo tan estúpido como lo puede ser el de una carrera de caballos.

En la Tierra, y concretamente a finales del mismo mes en el que la nave había tenido prevista su llegada allí, se celebraba en Inglaterra el derby de los Tres Planetas, como se le designaba. Era la carrera más disputada del año, y era seguida por televisión desde tres planetas: la propia Tierra, Marte y, retransmitido por la estación de los asteroides, Saturno. Los favoritos de la carrera de aquel año eran dos: Centauro y Saturno, dos caballos de un año. Dos de los ocupantes del bar empezaron de pronto a discutir sobre ellos, haciendo sus predicciones. Uno afirmaba que el ganador sería Centauro, mientras el otro sostenía todo lo contrario. Algunos otros pasajeros se sumaron a la discusión, inclinándose por uno u otro bando, ésta empezó a subir de tono. Se cruzaron algunas alusiones personales entre los sostenedores de uno y otro concepto... Alguien cogió una botella de licor...

La rápida intervención de los prevenidos tripulantes de la nave que montaban vigilancia impidió que el incidente adquiriera un carácter demasiado importante. Fuertes brazos lograron dominar la contienda, y la cosa no fue más lejos que tres puñetazos con impacto y una víctima de un

botellazo que fue rápidamente llevada a la enfermería. Los exaltados fueron conducidos y encerrados en sus camarotes, y la cosa quedó de nuevo tranquila.

Sin embargo, lo sucedido quedó prendido en el ambiente, flotando por entre todos los presentes. La atmósfera pareció electrizarse. Y todos los pasajeros comprendieron que un desahogo a sus nervios exaltados era gritar, insultar violentamente a los demás. Las conversaciones empezaron a subir de tono...

Por la noche, algunos pasajeros, los menos, se retiraron a descansar. Pero la mayoría, totalmente desvelados de sueño, continuaron en las salas de recreo. Los clientes del bar aumentaron considerablemente. Como medida de precaución, Edward ordenó a los vigilantes que fueran retirando del bar a los pasajeros, conduciéndolos a sus camarotes cuando vieran que habían bebido lo suficiente como para poder dormir tranquilamente la mona sin alborotar. No se atrevió a cerrar el bar, como tampoco se atrevió a pedir a todos que se retiraran a sus camarotes, por temor a que aquello terminara de exaltar los ánimos. Hubiera deseado poder imponerles su autoridad, sabía que en las actuales circunstancias, y de acuerdo con los reglamentos del espacio, podía hacerlo. Pero pensó que era mejor no intentarlo de momento. La fuerza la tenía en su mano; si llegaba el momento no vacilaría en emplearla. Pero ahora todavía no.

Así llegó la mañana siguiente. Una superior iluminación en los pasillos de la nave, amenguada durante la noche, fue lo único que reveló el cambio. Sin embargo, aquello, dentro de su poca diferencia, indicaba el paso de un día. Uno había transcurrido, ahora faltaba pasar al siguiente. Edward rogó mentalmente que no les deparara nada peor de lo que ya les había sucedido.

Las primeras horas fueron relativamente tranquilas, y Edward se retiró a la cámara de mandos. No sabía lo que le atraía a ella, pero se sentía más seguro, más confiado en sí mismo allí, entre todos los instrumentos que tan bien conocía. Penetró en ella, y fue a sentarse en el sillón de mandos.

Allí permaneció un buen rato, ensimismado en sus pensamientos. Ahora éstos ya no giraban en torno al fin que les aguardaba en el término de su viaje, sino sobre las próximas reacciones del pasaje de la nave. Sabía que en lo referente a lo primero no podía hacer nada. En cambio, con respecto a lo

segundo sí podía hacerlo. Y esto le indicaba que era más preciso pensar en esto, fin más cercano, que en lo otro, fin lejano y a largo plazo. Y que, al menos por el momento, debía temerlo más.

Shutters había tenido razón, y él bien lo veía así. La tensión emocional de los pasajeros, ya alterada por la situación, no permanecería estable mucho tiempo. Era igual que una caldera sometida al calor. Se va calentando, hasta que estalla. Y cuando los pasajeros estallaran, no Sabía lo que iba a suceder. Pero sabía sus consecuencias. Era preciso encontrar una solución antes de que ello ocurriera. Pero ¿qué solución?

Se levantó, y se puso a pasear por la estancia. Había pedido a Shutters que se retirara a descansar, a fin de que le relevara durante la noche, e Hilmax, franco de servicio en su puesto, había ido a engrosar la vigilancia en las cubiertas de pasajeros. Todos los tripulantes se encontraban vigilando a los pasajeros. Era el único y primordial fin a que debían atenerse. Allí, en la cabina de mandos, sólo se encontraba él. Él, solo, entre el silencio y la quietud.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y la hija de Hoondrich apareció en el umbral.

Edward se detuvo en sus paseos, y la miró fijamente unos instantes. Se preguntó qué haría allí. Y al final inquirió:

-¿Qué desea?

La muchacha permaneció unos instantes indecisa.

-No quería decírselo, capitán -murmuró, al cabo de un rato-. No hubiera querido tener que decírselo; no quería aumentar más sus preocupaciones. Pero tengo miedo.

-¿Miedo? ¿De qué?

-De los demás, de los restantes pasajeros. Se encuentran alterados por lo sucedido, y temo que en un momento de arrebato intenten algo contra mí.

Edward comprendió lo que quería decir la muchacha. Ella era la hija de Hoondrich, del hombre que había sido el causante de lo ocurrido. Y a los ojos de los pasajeros, tan culpable como su padre. Por lo tanto...

-¿Han intentado algo contra usted?

-No. Pero su actitud y sus miradas me han hecho dar cuenta de que no me veían con mucha simpatía.

Edward asintió.

-Comprendo. Intentaremos solucionar esto...

La muchacha dudó unos momentos.

-Lamento ocasionarle nuevas molestias, capitán, y me duele ser precisamente yo, la hija de... Bueno, me duele ser yo quien tenga que venir a pedirle ayuda.

-No se preocupe por ello. Usted no es culpable de nada de lo sucedido. De momento puede quedarse aquí, la sala de mandos es espaciosa, y tendrá sitio de sobra. Luego, por la noche ya buscaremos algún lugar donde pueda dormir. Quizás lo más práctico sea colocar un guardia en la puerta de su camarote, aunque esto quizás atraiga las miradas irritadas de los demás... En fin, ya lo veremos.

La muchacha se acercó, y le puso una mano sobre su brazo.

-Gracias, capitán.

Edward se turbó visiblemente.

-¡Oh, no debe agradecérmelo! Es... Bueno, simplemente, cumplo con mi deber.

-Parece raro oír hablar de deber en esas circunstancias.

-Sí, tiene razón. Pero yo soy el capitán de la nave, y por lo tanto el único que no debe olvidar nunca la disciplina. Aunque en algunas ocasiones le cueste hacerlo. Y aunque los pasajeros le crean tan atemorizado que necesite emborracharse para mantenerse en pie.

Se refería a la noticia que, propagada por Hendern, corría ya por todas las cubiertas de pasajeros. Hubiera podido desmentirla, pero no quiso hacerlo; parecería una justificación, una excusa. Además, le importaba muy poco lo que los pasajeros pudieran pensar de él, mientras no se desmandasen demasiado.

-Olvídelo -murmuró la muchacha-; seguramente ha sido la excitación. Alguien habrá propalado esa mentira para justificarse un poco a sí mismo y...

Edward se echó a reír.

-Lamento decirle que está equivocada, señorita Hoondrich. La verdad es que cuando Rolf Hendern, que ha sido quien ha divulgado la noticia, ha entrado en mi camarote, tanto la habitación como yo olíamos a alcohol. Sólo que en realidad me lo había bebido en forma de friega. Es más saludable y más beneficioso que hacerlo del otro modo.

La muchacha sonrió. Edward le indicó un asiento, el del piloto, para

que se sentara. Así lo hizo ella, observando cuidadosamente dónde ponía manos y pies.

-¿No tocaré nada que no deba tocar, capitán?

-Aunque lo hiciera, no empeoraría nuestra situación más de lo que está ahora. Además, no hay ningún peligro; todos los mandos están desconectados.

Fue a sentarse en el sillón de mandos, y contempló la pantalla deslustrada que tenía ante sí. Transcurrió un breve silencio. De repente, la muchacha preguntó:

-¿No tiene usted miedo, capitán?

Edward volvió la vista hacia ella.

-Si he de confesárselo sinceramente, no. Lo único que siento es una sorda irritación hacia los acontecimientos, hacia el tener que permanecer cruzado de brazos, ante el no poder hacer nada. Tengo un carácter muy activo, demasiado quizás. No sé resignarme y conformarme con lo inevitable.

-Yo sí tengo miedo, capitán. Y también lo tienen todos los demás pasajeros. Los otros, los tripulantes, no lo sé. Quizás es que están más avezados a estas situaciones, o quizás es su propio carácter. A menudo me he preguntado cuál sería la reacción de una persona ante un peligro cierto e inevitable, hacia un fin al cual avanzara inexorablemente, sin remedio. Ahora ya lo sé. Y confieso que no es la que yo esperaba,

-El miedo impulsa a las personas de muy distinta manera. A unas las vuelve irritables, a otras apáticas, a otras las desespera... Pero todas pierden su habitual serenidad. Es la propia naturaleza humana.

Siguió un largo silencio. La muchacha miró al techo, como sumida en sus pensamientos. De pronto preguntó:

-¿Cuando traspasaremos la órbita de Saturno? ¿O acaso la hemos atravesado ya?

Edward dirigió una breve ojeada a la carta espacial.

-La traspasamos hará unas doce horas -contestó-. Lo suficientemente lejos del planeta como para que ninguna nave pueda acudir desde allí en nuestra ayuda.

-¿Por qué?

-Por el sencillo motivo de nuestra propia velocidad de escape. Nos alejamos de Saturno a cada minuto que pasa. Cuando la nave de socorro

llegara al punto en el que nosotros hemos atravesado su órbita, la «Osterwold» estaría ya muy lejos de allí. Y entonces nuestras velocidades se equipararían. Nunca podrían alcanzarnos. La distancia siempre sería la misma. Mejor dicho, mayor. Las naves que hay en la actualidad en Saturno son todas mucho menos potentes que ésta. Su velocidad límite es también mucho menor. Y lo mismo su radio de acción.

La muchacha seguía mirando al techo.

-Y ahora lo único que nos queda es el espacio abierto. Urano, Neptuno, Plutón... ¿Cuánto tiempo tardaremos en alcanzar la órbita de este último?

-Bastante. Unos ciento sesenta días quizás. O algunos más.

La muchacha sonrió levemente.

-Recuerdo que, cuando pequeña, ansiaba ver las estrellas, los planetas, las constelaciones. Hubiera sido feliz de poder contemplar uno solo de ellos lo suficientemente cerca como para darme cuenta en todos sus detalles de su naturaleza. Y ahora... Nunca se pueden ver realizados los sueños tal como los deseamos. Siempre existe algo que los estropea. ¿Pasaremos muy cerca de los restantes planetas?

Edward movió la cabeza en señal de duda. Se levantó, dirigiéndose hacia la carta espacial, y observando en ella las órbitas de los planetas en relación con la trayectoria de la nave.

-En sí no importa mucho -murmuró, contemplando el mapa-. Al fin y al cabo, lo máximo que podremos hacer será contemplarlos. No, de Plutón no pasaremos muy cerca; al contrario. En los momentos que crucemos su órbita se encontrará en el lado opuesto del Sol. Neptuno tampoco, se encontrará en su afelio. Y Urano... -observó con mayor atención la carta- Urano...

Frunció el ceño, como si acabara de ver algo desusado. Permaneció unos instantes silencioso, contemplando la órbita del planeta con toda atención. De repente, se volvió, como movido por una súbita excitación, y rebuscó algo en una mesa.

-¿Qué sucede? -inquirió la muchacha, alarmada.

Edward no contestó. Tomó un libro, el de posiciones espaciales, y buscó un planeta, Urano, y una fecha. Tomó el dato, y lo llevó a la carta espacial.

Y de su garganta salió un grito:

-¡Dios santo, cómo no se me habrá ocurrido antes! ¡Qué estúpido he sido!

La muchacha le miró, extrañada, sin comprender, temiendo que se hubiera vuelto repentinamente loco.

-¿Qué sucede? -volvió a preguntar.

Edward se encaró con ella, señalándole con la mano trémula el mapa.

-¿Y aún lo pregunta? Ahí está, ahí lo tenemos. Usted me dijo que nunca había que perder la esperanza, y tenía razón. Al final lo he encontrado. ¡Y sólo a usted se lo debo!

La muchacha seguía mirándole, sin comprender. Murmuró:

-¿A mí me debe? ¿El qué?

Y la respuesta de Edward, pronunciada en tono triunfal, la dejó helada:

-¡La salvación! ¡La salvación de la nave! ¡La salvación de todos nosotros!

CAPÍTULO VIII

URANO

La muchacha no dudó de que Edward se había vuelto loco. Sus palabras resultaban por completo absurdas en aquellas circunstancias. ¿La salvación?

-¿Acaso Urano pasará lo suficientemente cerca de nosotros como para atraernos en órbita?

Edward negó con la cabeza.

-No es eso exactamente. Urano se encontrará a unos cuantos millones de kilómetros cuando traspasemos la línea de su órbita. Pero eso en sí no constituye problema. Nos bastará una pequeña desviación para...

-¡Pero si usted mismo ha dicho que nos encontramos sin posibilidades de desviarnos ni una pulgada de nuestra ruta! ¿Cómo piensa lograr...?

Edward la atajó con un gesto.

-Usted no lo comprende porque no está versada en estos asuntos, pero no existe problema. Es una cosa sencillísima. ¡Y pensar que no había reparado en ello hasta ahora! ¡Dios mío, que estúpido he sido!

La muchacha seguía sumida en su asombro, sin comprender nada de lo que Edward decía. Este se dirigió rápidamente hacia el intercomunicador y lo conectó con el departamento .de tripulación.

-Atención, aquí el capitán llamando a toda la oficialidad de la nave. Sirvan personarse sin pérdida de tiempo en la cabina de mandos; tengo algo muy importante que comunicarles. Les espero. Corto.

Se volvió de nuevo, avanzando hacia el mapa espacial. La muchacha lo sujetó por un brazo.

-Un momento, capitán. ¿No piensa decirme qué es lo que tan repentinamente sucede?

Edward sonrió.

-Por supuesto. Sólo que tendrá que esperar unos momentos. Dentro de unos minutos lo sabrá.

Regresó junto al mapa espacial, y computó unos datos. Los anotó en un papel, y trazó unos breves cálculos, cuyo resultado llevó de nuevo a la carta espacial. Volvió a sonreír. La cosa iba bien...

La puerta de la cabina se abrió, y empezaron a penetrar en ella los oficiales. Martín y Hale, los dos pilotos; Upson, el astrofísico; Shutters;

Mooch y Stengel, técnicos espaciales; Omont, el jefe de motores; Hilmax...

-¿Qué sucede? -inquirió rápidamente Shutters, apenas asomar la cabeza por la puerta.

Todos los ojos estaban fijos en Edward, esperando sus palabras. El capitán adoptó una actitud tranquila, de completa normalidad. Murmuró:

-Señores, si mis cálculos no fallan, dentro de unos cuatro a cinco meses la «Osterwold» se encontrará de nuevo en la Tierra, como si nada le hubiera sucedido. Regresaremos.

Nueve miradas reflejando asombro, estupor e incredulidad fueron la respuesta a sus palabras. Edward hizo un signo:

-Acérquense, por favor. Sé que mis palabras les sonarán extrañas, pero estoy seguro de que después de haberme escuchado las comprenderán. Vengan.

Los ocho hombres y la muchacha siguieron a Edward hasta el mapa espacial. Tomando el libro de posiciones espaciales, éste les mostró una página.

-Dentro de sesenta días, según pueden ver, Urano se encontrará en esta situación -y les señaló la línea en la que se encontraba consignado el dato-. Traduciendo a la carta estelar, corresponde exactamente a aquí -y marcó un punto de la órbita-. Ahora bien, como podrán observar fácilmente, por esa misma fecha nosotros cruzaremos su órbita exactamente en este otro punto. Observen bien el mapa. ¿No les dice nada eso?

Los ocho hombres observaron la carta espacial. Mooch, uno de los técnicos espaciales, comentó:

-Sí; que pasaremos lo suficientemente cerca de él como para poder contemplarlo detenidamente y con detalle desde nuestro telescopio. Pero nada más. Su paso no modificará en lo más mínimo nuestra órbita.

-Eso es lo que creen ustedes. Pero yo les voy a decir que sí la modificará. La modificará por completo. De tal modo, que podremos regresar a la Tierra sanos y salvos. Nosotros y la nave.

Le contemplaron seis caras incrédulas.

-¿Cómo? -indagó Shutters.

Edward juntó las manos.

-En realidad, para explicarlo debo remontarme al proyecto que concebí hace un par de días, proyecto que deseché inmediatamente por

irrealizable. Sólo que era irrealizable aisladamente, pero no unido a un nuevo factor. Y ese nuevo factor acabo de encontrarlo.

-Muy bien. ¿Y cuál es ese proyecto?

-El de usar las naves auxiliares para propulsarnos, en defecto del motor principal de la «Osterwold».

-Pero eso no nos conduce a nada -arguyó Stengel-. Su empuje no nos bastaría ni para mover la nave en un ángulo de cuarenta grados.

Edward sonrió.

-Efectivamente, ésta es la imposibilidad que hace irrealizable la primera idea. Sólo que deja de ser tal imposibilidad, uniéndola al otro factor del que he hablado.

Shutters dio una patada en el suelo.

-¿Pero quieres soltarlo ya da una vez?

-Inmediatamente. Aunque me sorprende que no lo veáis vosotros mismos, después de los datos que he facilitado. Ahí está, en esta carta espacial.

Shutters arrugó el ceño.

-¿Urano? ¿Acaso intentas lanzar las naves auxiliares al planeta? ¡Es una locura! ¡Apenas está explorado!

-No, no es esa la idea. Es otra muy distinta. Observen bien que pasaremos, cuando crucemos la línea de la órbita uraniana, a tan sólo unos cien millones de kilómetros de distancia del astro. Casi podemos decir por su mismo lado.

Upson se encogió de hombros.

-Tanto da que lo hagamos a cien como a cuatrocientos mil. Los efectos serán los mismos. Y las consecuencias también.

-Yo no diría tanto.

Shutters, de repente, comprendió la idea, captando su esencia. Dejó escapar un agitado:

-¿Quieres decir emplear los cohetes auxiliares para...?

-Exacto. Cien millones de kilómetros es bastante, pero considerándolos desde el lugar donde nos encontramos ahora en el espacio, es decir, desde mil quinientos millones de kilómetros de distancia en perpendicular, apenas representan una desviación en ángulo de unos cinco grados de abertura. Casi nada.

-Bien -arguyó Hale, uno de los dos pilotos-, pero eso no resuelve nada. Lo único que podemos lograr con ello es chocar contra el planeta o quedarnos aprisionados permanentemente en órbita alrededor de él.

-Usted lo ha dicho, Hale. Calculando bien la trayectoria y la desviación, podemos llegar a colocarnos en órbita alrededor de Urano. Eso es lo que pretendo.

-¿Y entonces?

-Nada más fácil. Desde un principio hemos sostenido que el impulso de los cohetes auxiliares no nos permitiría dar una vuelta en redondo; como ha dicho muy bien Stengel, apenas lograríamos dar a la nave una desviación de cuarenta grados, con lo cual, aunque en línea oblicua, seguiríamos escapando del sistema solar. Pero ahora yo pregunto: ¿para qué dar toda la vuelta en redondo que necesitamos para regresar a la Tierra valiéndonos de los reactores? Si encontramos algo que nos ayude, una palanca, un centro que nos permita hacer esta misma maniobra sin necesidad de consumir energía, ¿para qué malgastarla inútilmente, cuando en realidad no la tenemos? He aquí el planteamiento, señores. Urano puede resolvernos el problema; una vez colocados en órbita, él será el que nos haga dar la vuelta que necesitamos. Luego, cuando nos encontremos enfilando con la proa a la Tierra, bastará un nuevo impulso, un nuevo golpe propio de energía para liberarnos de la órbita a la que nos hemos sujetado y emprender el viaje de regreso. He hecho los cálculos necesarios para determinar la cantidad de combustible que necesitaremos para ello, y puedo decirles que tenemos suficiente. Nos vendrá muy justo para lo que pretendemos, es cierto, pero será suficiente para devolvemos a la Tierra.

-Pero existen los asteroides -objetó Hilmax-. Sin combustible no podremos atravesarlos; no haríamos más que destruirnos y destruir la nave.

-¿Y quién dice que deberemos atravesarlos? Los asteroides se encuentran dentro del radio de acción de las patrullas terrestres de salvamento; una vez lleguemos allí pueden acudir naves de socorro en nuestra ayuda. Lastrarán la «Osterwold» y la remolcarán, deteniéndola primero y llevándola luego a la Tierra. Entonces nos encontraremos ya a salvo.

Un nuevo silencio. Omont se limitó a comentar:

-Es practicable.

Los demás, lentamente, fueron asintiendo con la cabeza. No hubo

ninguna excepción. Todos comprendían que era la única solución que tenían y que, a la vista de los argumentos, era realizable con probabilidades de éxito. Edward decidió la cuestión:

-Bien, entonces no hay más que hablar. Hemos de aprovechar el tiempo al máximo, de modo que no podemos entretenemos en discusiones inútiles; los detalles los veremos sobre el terreno. Ustedes -señaló a Omont, Mooch, Stengel y Upson- se encargarán de diseñar y preparar el acoplamiento de las naves auxiliares a la estructura. Hemos de tener en cuenta de que cada segundo que pasa representa un mayor ángulo en el que habremos de virar, de modo que hemos de llevarlo todo a cabo en el menor espacio de tiempo que podamos. ¿Cuánto tiempo creen que será necesario para dejar instalados los cohetes, listos para su funcionamiento?

-Un par de días -respondió Stengel después de un breve cálculo mental-. Trabajando ininterrumpidamente.

-Está bien, entonces manos a la obra. Ustedes -indicó a Martín y Hale- encárguense de calcular la ruta y maniobras a efectuar, y repasen y anoten todos los imprevistos que se nos puedan presentar sobre el terreno. Estén atentos a todos los detalles. ¿De acuerdo?

Los demás asintieron, y poco después se dedicaban todos con ahínco al trabajo, sabiendo la importancia de dejarlo todo listo cuanto antes.

En un aparte, la muchacha preguntó a Edward:

-¿Es realmente seguro lo que ha dicho? ¿Hay esperanzas?

Edward meneó la cabeza, indicando un término intermedio.

-Hay esperanzas -contestó-. Pero en el mundo no hay nada completamente seguro.

-¿Qué quiere decir?

-Qué hay cientos de factores que pueden intervenir, alterando nuestros planes. Uno de ellos, por ejemplo, es el paso cerca de la nave de algún aerolito de gran tamaño. Puede causarnos, con la atracción de su masa, sin llegar a tocamos, una desviación en nuestra ruta de tan sólo milésimas de segundo; una desviación que en nuestra anterior situación no hubiera tenido la menor importancia, pero que ahora, a lo largo de un camino de millones de kilómetros, con un destino fijo, se traducirá en un cambio de ruta suficiente como para hacer que nos estrellemos contra el planeta o nos alejemos demasiado de él. Como éste, nos acechan muchos otros peligros. Y la energía

de la que disponemos no nos permite efectuar demasiados excesos ni correcciones.

-¿Entonces?

Edward sonrió.

-Es cuestión de suerte. Pero no se preocupe; las posibilidades de que todo salga bien son casi del cincuenta por ciento. Y yo, como usted, empiezo a creer también en los milagros. Estoy seguro de que todo saldrá bien. ¿Cuál es su nombre de pila, señorita Hoondrich?

La muchacha se sorprendió.

-Lorna. ¿Por qué?

-Para darle las gracias, Lorna. No olvido que a usted le debemos el que ahora vislumbremos un rayo de esperanza en nuestro futuro. Sin su oportuna conversación, ahora seguiríamos igual que antes. Y quizás cuando nos hubiéramos dado cuenta de ello hubiera sido ya demasiado tarde. Gracias, no lo olvidaré nunca.

La muchacha fue a decir algo, pero en aquel momento el zumbador del intercomunicador avisó de que deseaban hablar con la cámara de control. Edward se trasladó inmediatamente hacia allá, y dio la comunicación.

-Aquí el capitán. ¿Qué sucede?

La voz le llegó del otro lado con un claro acento de precipitación:

-Le habla Hagery, del servicio de vigilancia, capitán. Ha habido algunos disturbios entre los pasajeros. Se han producido un par de peleas, y un grupo de hombres, exaltados, se dirigen hacia el lugar donde se encuentra encerrado Hoondrich. Temo que van dispuestos a tomarse la justicia por su mano.

Al oír el nombre de Hoondrich, la muchacha dejó escapar un grito. Edward cambió rápidamente el sentido de la comunicación:

-¿Se han logrado dominar las peleas?

-Sí, capitán.

-Muy bien. Envíe entonces al lugar donde se encuentra Hoondrich un par de hombres armados. Yo iré allá también. Por muy exaltados que estén, creo poder dominarlos. ¿Ha comprendido?

-De acuerdo, capitán. Corto.

Edward cerró la comunicación. Permaneció unos segundos inmóvil, como acabando de asimilar la idea. Luego, con decisión, sacó de su cinturón

la pistola y la amartilló. La muchacha le sujetó por un brazo.

-¿Qué va a hacer, capitán?

Le sonrió.

-Nada. Sólo poner de una vez por todas orden entre los pasajeros. Creo que están necesitando que se les demuestre quién representa la autoridad a bordo de esta nave.

Dio media vuelta, y salió con paso resuelto de la cámara.

CAPÍTULO IX
ORBITA PLANETARIA

Llegó al pasillo en el mismo momento en el que por el otro lado aparecían, en grupo, los primeros pasajeros. El hombre que montaba guardia en la puerta de la cabina donde estaba encerrado Hoondrich, quizás prevenido por sus compañeros de lo que sucedía, permanecía nervioso, con el fusil prietamente sujeto entre sus manos, sin saber qué actitud tomar.

Los dos grupos se encontraron casi frente a la puerta de la celda. Cuando llegaron a unos diez pasos el uno del otro, ambos se detuvieron. Edward, con la pistola en la mano, y teniendo tras él a los dos hombres que había enviado Hagery, aguardó unos instantes a que alguien iniciara la acción. Al fin, uno del grupo inquirió:

-¿Qué es lo que piensa hacer, capitán? ¿Proteger a Hoondrich?

Edward reconoció en el que acababa de hablar al mismo hombre que, cuando dio la primera noticia de la gravedad del accidente en la sala de espectáculos, avanzara hacia Hoondrich con intenciones no muy amistosas precisamente. «Un tipo violento», sentenció. Sonrió levemente.

-No es exactamente protegerlo -respondió-. Sólo que, tal como dijo usted mismo en otra ocasión, deseo que sea juzgado por un tribunal de la Tierra. Las leyes terrestres prohíben terminantemente el linchamiento; debemos dejar que la justicia la lleven a cabo personas autorizadas.

El otro hombre encajó los dientes.

-¿Está burlándose, capitán? Sabe perfectamente que no regresaremos a la Tierra.

-Se equivoca, amigo. Hace unos momentos hubiera aceptado por completo sus palabras como fiel reflejo de la más triste verdad. Pero ahora no. Ahora puedo contradecirle. Regresaremos a la Tierra, si es que algún cataclismo por completo fuera de la previsión humana no nos lo impide.

Se produjo un silencio de expectación. El hombre que tomara la palabra arrugó el entrecejo.

-Repito mi pregunta. ¿Está usted burlándose de nosotros, capitán?

-No creo que éste sea momento de burlas, No, no me burlo, señores. Si ustedes no hubieran sido tan... tan impulsivos, obligándome a actuar precipitadamente, no hubieran tardado mucho en enterarse de la buena nueva. Regresamos a la Tierra, lo repito. Mejor dicho, regresaremos a la Tierra

dentro de unos cuantos meses, unos cinco en total. Una vez hayamos llegado a la órbita de Urano y hayamos dado allí la vuelta.

-Creo que está intentando engañarnos, capitán. ¿Teme que la desesperación nos lleve a cometer actos violentos, e intenta calmarnos con bonitos cuentos? ¿O acaso solamente intenta conseguir momentáneamente que dejemos tranquilo a Hoondrich?

-Las dos cosas. Sólo que no estoy mintiendo para ello. Óiganme bien. Hasta ahora se han encontrado ustedes como pasajeros gozando de una relativa libertad dentro de la nave, y esta libertad la han empleado un poco para causar dolores de cabeza a los demás. Comprendo que se encontraban en un estado de ánimo propicio a estas actitudes, pero ahora ya se ha solucionado todo, de modo que esta actitud no tiene razón de ser. Por lo tanto, pienso tomar medidas. Si ustedes han leído el reglamento espacial, sabrán que en toda nave, en caso de emergencia, los pasajeros pierden todos sus privilegios, debiendo someterse enteramente a las órdenes del capitán. No existen categorías de clases ni tampoco diferencias entre tripulantes y pasajeros; todos se convierten en una misma clase. Es como en la ley marcial; todo el mundo debe obedecer.

-Muy bien el discurso. ¿Y qué más?

-Nada más. Solo que quiero prevenirles de ello. A partir de ahora queda implantada en la nave esta ley marcial. Deberán obedecer por completo mis órdenes, y esas órdenes son que, salvo indicación expresa mía en contra, ninguno de ustedes saldrá de las cubiertas de pasajeros. Las maniobras que vamos a realizar ahora van a ser de vital importancia, y no estoy dispuesto a ver entorpecido el trabajo por ninguno de ustedes. Estoy dispuesto a emplear la fuerza si es necesario para conseguir mis fines, y les advierto que el que contravenga mis indicaciones será castigado con el máximo rigor. Hasta ahora podían argüir que todo daba lo mismo, pero ahora ya no pueden hacerlo. De modo que obedezcan y tengan presente lo que les he dicho. Vuelvan a sus respectivas cubiertas, y no salgan de ellas salvo orden en contra, Pueden, si quieren, comunicarles a los demás pasajeros la última noticia que les he dado; de todos modos, dentro de un par de horas les reuniré a todos a fin de ponerles al corriente con detalle. Eso es todo.

Los pasajeros se miraron. Luego miraron a Edward y a la pistola que éste empuñaba firmemente. El que llevaba la voz cantante del grupo fue a

decir algo, pero se lo pensó mejor. Lentamente, fueron retrocediendo, yéndose por donde habían venido. Poco tiempo después el pasillo volvía a quedar desierto.

Lanzando un suspiro, Edward volvió a enfundar la pistola.

-Siga vigilando -ordenó al hombre que estaba de guardia ante la puerta-. Aunque no creo que nadie venga ya por aquí con intenciones belicosas. -volvióse hacia los dos hombres que se habían detenido durante todo el tiempo a sus espaldas, con las armas aprestadas, y les indicó-: En cuanto a ustedes pueden regresar a sus puestos; ya no les necesito. Gracias por su colaboración.

Los dos hombres se fueron. Edward contempló aún unos instantes la cerrada puerta tras la cual se encontraba el causante de todo aquello.

«Hoondrich -pensó-, nos estás dando muchos dolores de cabeza. Lo siento por tu linda hija, pero espero que en la Tierra sepan darte la pena que te corresponde, a pesar de tu nombre y tu influencia. Y puedes estar seguro de que yo por mi parte haré todo lo posible para que así sea».

Dio él también media vuelta, y regresó por donde había venido a la sala de mandos.

* * *

Dos meses. Sesenta días hasta llegar a Urano. Sesenta días de expectación, de inquietud, de zozobra. Sesenta días esperando el final, aguardando el momento en que lo calculado sobre el papel y la carta estelar se convirtiera en realidad...

Era aquél el paso definitivo que iban a dar, el más importante. Una vez colocados en órbita, al despegarse de ella para regresar a la Tierra, no importaba una desviación de un grado incluso. Pero hora no. Ahora debía calcularse todo con la máxima precisión. Debían llegar al planeta en tal punto y a tal distancia que la velocidad de la nave y la fuerza de atracción del astro se anularan entre sí, haciéndole penetrar en órbita. Cualquier error, por pequeño que fuera, no podría ser rectificado más tarde.

Y sus consecuencias serían o lanzarles en órbita espiral contra la superficie del planeta, o hacerles seguir su camino hacia el infinito, esta vez sin posibilidades de retomo.

Por eso, los cálculos hechos fueron comprobados, repasados y compulsados cincuenta veces, con la mayor exactitud y atención, en busca de

cualquier posible error o fallo en el cálculo. Se estudiaron detenidamente todos los detalles, todos los extremos, todos los imprevistos. Se detalló punto por punto todo lo que debía hacerse. Y lo que debía hacerse se hizo.

Las seis naves auxiliares fueron lanzadas al espacio con la catapulta, y una vez allí, desguazadas de todas sus piezas inútiles: la cabina de mandos, los departamentos de carga, los accesorios que en aquellos momentos no tenían ninguna utilidad... Solamente quedaron los motores, los depósitos de combustible y sus revestimientos de protección. Y éstos, usando para ello de las mismas piezas sacadas de las propias naves, fueron soldados y asegurados a los costados de la «Osterwold».

Fue un trabajo delicadísimo, que tuvo que ser dirigido por los propios Edward, Shutters y los técnicos de la nave. Los seis motores debían ser acoplados alrededor de la nave formando un hexágono perfecto, todos ellos compensados entre sí, a fin de que su puesta en marcha conjunta no desviara la nave de la línea recta ni una milésima de milímetro. Además, tuvieron que asegurarse rígidamente, soldarse casi a la nave, en una cierta inclinación con respecto a la vertical de la misma, en la cual los motores rindieran el máximo esfuerzo. Fue preciso repasar uno por uno y pieza por pieza todos los seis motores, a fin de que ninguno fallara en el momento crítico. Los tanques del combustible y del comburente fueron también repasados, calculando al milímetro cúbico, en pequeña escala, su presión y su fuerza de empuje para cuando entraran en combustión...

El trabajo se llevó consigo un tiempo de dos días y dieciséis horas, más del que se calculó en un principio, y ello hizo que tuvieran que rehacerse todos los cálculos, ya que entonces la nave debía de girar en un ángulo distinto, más abierto. Nuevas cifras, nuevas comprobaciones...

Mientras, los pasajeros siguieron con bastante buen sentido las indicaciones de Edward. Las noticias que éste les dio les devolvieron gran parte del ánimo y la confianza perdida. No se les ocultaba que iban a jugárselo todo a una carta, que si salía mal no tendrían una nueva ocasión para repetirlo, pero aquello ya no era lo mismo que esperar sin poder hacer nada el final inevitable. Ahora podían luchar, intentar algo. Y eso era, al menos, un consuelo en su situación.

Hoondrich, dentro de su encierro, tuvo también ocasión de enterarse del nuevo giro de la situación. Fue su propio guardián quien se lo dijo, cuando

le entregó una de las comidas. Y Hoondrich comprendió que también su destino había cambiado. No moriría como todos los demás, como la nave. Volvería a la Tierra. Y allá debería enfrentarse con la justicia. Todo se divulgaría. Y no podría hacer nada por acallar las voces que lo acusaran. Eran demasiadas pruebas en contra, demasiados testigos. Se vería condenado por la justicia de la Tierra. Y sabía cuál sería la condena de esa justicia: sólo una.

Para él, sólo para él, la suerte se convertía en desgracia.

Los trabajos se llevaron a ritmo creciente, sin descanso. Algunos pasajeros, entusiastas, deseosos de colaborar ellos también, se ofrecieron a ayudar dentro de lo posible. Y fueron empleados en trabajos auxiliares, que entraran dentro del límite de sus capacidades. Algunos salieron al exterior, y no pocos se marearon. Otros se dedicaron a trabajos auxiliares en el interior de la nave, que desempeñaron con alegría, casi con orgullo. Así, la tarea fue adelantando...

Fue preciso organizar los servicios y trabajos con la máxima exactitud, a fin de producir el máximo de rendimiento. El trabajo fue agotador. Nadie durmió en aquellos dos días y medio. Pero al fin...

Cuando todo quedó terminado, la nave presentaba un aspecto extraño, casi grotesco. De su brillante, pulida e uniforme superficie apenas quedaba nada. A su alrededor, en su parte central, todo eran vigas de aseguración, planchas de refuerzo, ejes, puentes de unión... y a su alrededor, en los seis vértices de su hexágono, como patas de una monstruosa y deforme araña, los seis cohetes auxiliares, desmantelados casi en su totalidad, reducidos solamente a sus motores y depósitos...

Pero era suficiente. Aquello sería la palanca que les permitiría regresar de nuevo a la Tierra,

Los momentos que precedieron al cambio de rumbo fueron de enorme expectación. Todo había sido calculado al máximo, a la milésima de segundo. Pero la incógnita flotaba en el aire.

¿Tendría resultado? ¿Responderían los cohetes auxiliares como se esperaba de ellos? Era un juego a cara o cruz; si fallaban, no habría segunda vez. Y de ello dependía la salvación o la pérdida de sus vidas. El resultado marcaba la diferencia entre regresar a la Tierra o seguir viaje hacia el infinito. No existía otra alternativa.

Todo el mundo, atento a los síntomas, tendidos en sus sillones

antiaceleración, aguardaba el momento. Edward, en el sillón de mandos, ante los instrumentos y los indicadores, controlaba el reloj, atento al segundo. Veinte, diecinueve, dieciocho... nueve, ocho, siete... cuatro, tres, dos... ¡Cero!

Los botones de mando a distancia de los cohetes auxiliares fueron pulsados. A todos les pareció ver los chorros de escape salir por las toberas de los seis cohetes. Las agujas indicadoras empezaron a moverse, señalando el cambio de dirección: Un quinto... dos quintos... tres quintos...

¡Cinco quintos!

Las agujas indicadoras se detuvieron en el lugar designado. ¡Lo habían conseguido!

La nave había variado su rumbo. Apenas cinco grados y medio con relación a su ruta anterior. Pero aquello representaba la salvación de sus vidas. Dentro de dos meses, de cincuenta y ocho días, catorce horas y veintitrés minutos exactamente, entrarían en órbita planetaria alrededor de Urano, si todos sus cálculos habían sido correctos y no sucedía nada de anormal. En caso contrario...

* * *

Fueron cincuenta y ocho días de espera. De angustia, de esperanza, de ansiedad, de anhelo...

Había muy pocas cosas que hacer ya. Revisar constantemente el rumbo, temiendo descubrir a cada instante alguna anormalidad, observar en todo lo posible la marcha del planeta, temiendo también descubrir alguna variación...

Y esperar. Esperar...

La tensión entre los pasajeros había desaparecido casi por completo desde que se les dio algo en que pensar, en que confiar. La férrea disciplina que Edward les señaló, su rigidez en hacerla cumplir, surtió los efectos deseados. Hubo muchos que aceptaron aquella imposición con mal gesto. Algunos opinaron que Edward se excedía en sus atribuciones. Muchos pensaron que en la Tierra se desquitarían de aquello. Pero todos cumplieron a rajatabla sus órdenes.

Y mientras, la nave seguía su viaje por el espacio...

Aunque para Lorna Hoondrich el peligro que representaba ser la hija del causante de lo sucedido había desaparecido por completo, aunque Edward había ordenado tajantemente que los pasajeros permanecieran en sus

respectivas cubiertas sin salir de ellas, la muchacha siguió acudiendo asiduamente a la cámara de mandos. Sin que Edward, contraviniendo el reglamento, se lo prohibiera. Antes bien, se complacía en ello. Juntos contemplaban Urano en sus distintas fases y posiciones, viéndolo cada vez mejor, cada vez más cercano, cada vez con mayor lujo de detalles...

Y así transcurrieron los cincuenta y ocho días. Y llegó el momento.

Los tripulantes de la nave no tenían nada que hacer. La última comprobación les había indicado que seguían en posición correcta. Ahora todo el trabajo lo harían el propio Urano y la nave, por contraposición de masas y velocidades. Ellos lo único que tenían que hacer era ir siguiendo el proceso. Y confiar en la suerte. Y en Dios.

El planeta era ya una inmensa bola de enorme tamaño, cada vez mayor, cada vez más cercana. Los instrumentos iban reflejando el desarrollo del proceso. Se acercaba el momento crítico...

Hasta que la fuerza de atracción del planeta contrarrestó la velocidad y la trayectoria rectilínea de la nave, atrayendo su masa hacia sí. La velocidad de escape de la «Osterwold», actuando como fuerza centrífuga, intentó anular aquella fuerza. Pero no lo consiguió. Y el equilibrio entre ambos factores, la atracción del planeta y la velocidad de la nave, hizo el milagro. La «Osterwold» abandonó su anterior trayectoria, adoptando otra nueva. La que la convertía en un nuevo satélite del planeta, girando en torno suyo, en órbita permanente. La «Osterwold» había escapado de su anterior ruta, que la conducía al infinito.

¡Lo habían conseguido!

* * *

En la cabina de mandos, Edward, junto con Shutters, Martín y Upson repasaban por enésima vez los cálculos relativos a la maniobra de escape de la nave de la órbita uraniana. Todo iba perfectamente. Lo más difícil había ya pasado, y lo que faltaba ahora era algo relativamente fácil y seguro. No representaba mucho riesgo.

Sin embargo...

Se dice que las cosas nunca salen del todo bien; siempre existe algo que falla, algún detalle que pone en peligro el buen fin de una empresa.

Y el detalle se presentó en aquel momento.

Fue primero un leve crujido. Después, toda la nave vibró. Los cuatro

hombres se tambalearon cuando la estructura sufrió algo así como una sacudida, como si hubieran recibido el impacto de un meteorito. Después, todo volvió a quedar silencioso, aparentemente normal, como si nada hubiera sucedido.

Pero «algo» sí había sucedido.

Los cuatro hombres cruzaron entre sí una mirada de alarma. Upson dejó expresar la idea que flotaba por las mentes de todos:

-Algo malo ha sucedido. Y o mucho me equivoco, o ha sido en los cohetes auxiliares.

Edward se dirigió rápidamente a la pantalla de televisión, y la conectó con el exterior. Fue haciendo recorrer la imagen a través de todo el casco de la nave, observando atentamente los seis cohetes auxiliares. Hasta detenerse en uno de ellos.

Y entonces pudieron todos ver cual había sido la causa de la sacudida.

Cada una de las naves auxiliares había sido asegurada a la estructura del «Osterwold» con tres vigas de sujeción y un puente de seguridad. El puente, al igual que dos alas corvas de un avión, salía de los costados del reactor y terminaba en la superficie de la nave principal, mientras que las tres vigas de sujeción, por debajo de la estructura de los cohetes auxiliares, los unían y sujetaban a la nave en línea recta.

Y ahora, uno de los lados del puente de uno de los cohetes había cedido. Al encontrarse dentro del campo gravitatorio del planeta, la fuerza de gravedad de éste, aunque poca, había actuado sobre el reactor. Y éste, falto de apoyo y seguridad, se había inclinado peligrosamente hacia un lado.

-Dentro de todo tenemos suerte -comentó Upson al ver el desperfecto-. Si llega a ocurrimos eso durante la maniobra, el empuje del funcionamiento del motor lo hubiera arrancado de cuajo.

Martín se había lanzado rápidamente hacia los indicadores de la nave, observando con atención las cifras que señalaban. Cuando terminó su inspección, suspiró.

-Por suerte el movimiento no nos ha afectado -comunicó-. Seguimos normalmente la órbita.

-Sí, pero eso nos retrasará -observó Shutters.

-¿Y qué importa? Nos encontramos en sitio seguro. Tanto da que demos antes de salimos de la órbita una vuelta al planeta como cien. Podemos

arreglar tranquilamente la avería.

Edward había permanecido silencioso hasta entonces. Observaba atentamente la pantalla, contemplando el desperfecto. Shutters comentó:

-El trabajo de reparación será fácil; sólo enderezar el puente con un soporte y soldarlo de nuevo al reactor. Un par de hombres podrán hacerlo en poco tiempo.

Edward habló entonces:

-Sí. Pero nos encontramos dentro de la órbita de Urano. Concretamente sobre la capa de acción ultravioleta de su atmósfera.

Sus palabras fueron pronunciadas lentamente. Al oírlas, los tres hombres de la cabina volvieron la cabeza hacia él. Al principio no captaron el significado de lo que había dicho Edward. Pero pronto la comprensión se abrió en sus cerebros. Y el detalle que todos conocían acudió entonces a sus cabezas.

Había sido uno de los primeros y principales misterios que rodearon al planeta en el transcurso de sus primeras exploraciones. Las primeras naves que llegaron a Urano se establecieron en órbita a su alrededor, y los primeros hombres que salieron al exterior para efectuar reparaciones fueron atacados por una fuerza cósmica de fuerte potencia, que llegó a matar a algunos que permanecieron demasiado tiempo en el exterior.

Más tarde se había aclarado el misterio. Como es sabido, en el espacio se encuentran dos clases de fuerzas: los rayos cósmicos y los rayos ultravioleta. Estos últimos, que en gran cantidad o intensidad son perjudiciales y pueden incluso llegar a matar al hombre[1], eran recibidos en Urano por una capa exterior de la atmósfera del planeta (metano, amoníaco y gases nobles, dotados de una fuerte alteración magnética) que los repelía de nuevo al exterior, considerablemente aumentados en fuerza e intensidad. La capa actuaba como lo hace un poderoso espejo reflector, rechazando los rayos y concentrándolos, con lo que los convertía en una verdadera amenaza para cualquiera que no tuviera la suficiente protección.

Y un simple traje espacial no lo era. Edward y los demás lo sabían. Sabían que las planchas y las cubiertas de la nave les protegían enteramente de aquel peligro, pero un traje hermético no. Y para arreglar el desperfecto era preciso salir al exterior de la nave. Con un traje hermético como única protección.

Los cuatro hombres volvieron a mirarse, en muda pregunta, sin hablar. Por la mente de todos pasaban las mismas ideas. Aquel reactor había quedado prácticamente inservible: sin base firme de sujeción, cualquier intento de ponerlo en marcha lo arrancaría de cuajo, causando el consiguiente desastre. Debía ser reparado a toda costa. Pero aquello significaba enviar dos hombres a una muerte casi cierta.

Edward lo comprendió así. Por eso, sin titubear, afirmó:

-Iré personalmente a repararlo.

Shutters reaccionó rápidamente:

-Te acompaño.

Edward negó con la cabeza.

-No, Bryan. Tú te harás cargo del mando de la nave; uno de los dos ha de quedar para dirigirla hasta la Tierra.

-Pero...

-No discutas, es una orden. La responsabilidad es enteramente mía; yo soy quien debe afrontar los imprevistos. Estoy dispuesto a hacerlo así, y así se hará.

Shutters no replicó. Conocía a Edward y sabía que sería inútil cualquier intento de disuadirle de su idea. Upson propuso:

-Entonces iré yo.

Edward volvió a negar con la cabeza.

-No es necesario que vayan dos oficiales; con uno basta. Me acompañará un tripulante sin graduación.

-¿Quién?

-Pediremos un voluntario. Estoy seguro de que habrá más de uno que se ofrecerá para ello.

Yen efecto, fueron más de uno los que se ofrecieron para acompañarle. Y entre ellos, uno que nadie hubiera esperado:

Samuel Hoondrich.

CAPÍTULO X

EL REGRESO

Penetró en la cámara acompañado del hombre que permaneciera de guardia ante la celda en la que estuviera encerrado. Avanzó resueltamente hacia Edward, y se detuvo ante él.

-Capitán, solicito ir con usted al exterior a arreglar esa avería.

Edward frunció el ceño. Aquella proposición inesperada le cogió de sorpresa.

-¿Por qué? -inquirió.

-Entiendo bastante de mecánica y naves espaciales. No en vano soy el presidente de la Compañía Interespacial Terrestre. Además, considero que es un deber el que sea yo quien le acompañe.

-¿Un deber? ¿Es usted quien habla de deber?

-Sí, yo. Y por si no lo sabe le diré que tiene la obligación de aceptar mi ofrecimiento antes que el de cualquier otro miembro de la tripulación o pasaje. Tiene que hacerlo. Lo comprende, ¿verdad?

Edward paseó su mirada por los que se encontraban con él en la cámara de mandos, como pidiendo su opinión. En todos los rostros se leía claramente la sorpresa que les había producido aquella extraña solicitud. Edward dudó un momento. Al fin se decidió:

-Está bien. No sé qué diablos pretende con ello, pero estoy dispuesto a arriesgarme. Aunque le advierto que yo estaré con usted. Y no le permitiré que realice ninguna jugada sucia.

Hoondrich sonrió.

-No tema, capitán. El tiempo de las jugadas sucias ha pasado. Sé muy bien lo que he de hacer.

Los dos hombres se dirigieron hacia la esclusa inferior de salida de la nave, donde vistieron los trajes espaciales. Entre los dos tomaron la gran caja que contenía los instrumentos, herramientas y sopletes que necesitaban, y ambos se dirigieron hacia la esclusa. La abrieron, y penetraron en ella.

Poco después flotaban ambos junto al costado de la nave, en dirección al conjunto de vigas y puentes de seguridad que constituían el armazón sustentador de los cohetes auxiliares. Impulsándose con los propulsores autónomos, llegaron hasta el lugar donde se encontraba el reactor que había sufrido la avería, y allí se anclaron magnéticamente a la superficie.

El espectáculo era desde aquel lugar impresionante. No era la fría y blanca luz del sol del espacio, una luz sin claridad, sin vida, ante un fondo negro de estrellas. Bajo ellos, o quizás mejor dicho al lado de ellos, podía verse la superficie del planeta, blanca, brillante, resplandeciente, mostrando casi al alcance de la mano la maravilla de sus mares de metano congelado. Algunas nubes, vapores de amoníaco en su mayor parte, flotaban en jirones sobre aquella superficie, semejando tierras de espuma. Y en medio de todo, entre la brillante superficie de la nave, la maraña de las vigas sustentadoras y el fondo del planeta, ellos, minúsculas figuras que parecían de juguete, moviéndose pesadamente sobre la nave, arrastrando la enorme caja.

Llegaron junto al lugar donde debían trabajar, y fijaron con ventosas la caja a la superficie de la nave. Hoondrich levantó la cabeza y clavó la vista en el enorme reactor.

-¿Qué es lo que hay que hacer? -inquirió.

Edward se lo dijo: levantar el puente roto, y apuntalarlo por debajo. Fijar la sección rota, realizar la soldadura preliminar, ajustarla de acuerdo con los datos que dieran desde la cámara de control de la nave, hacer la última soldadura, reforzar las tres vigas sustentadoras, hacer la última comprobación de exactitud... y nada más. En total, trabajando los dos al unísono, tardarían unas tres horas en terminar el trabajo.

-Pero una persona sola podría también hacerlo -observó Hoondrich.

-En efecto -asintió Edward-. La gravedad que actúa sobre nosotros es muy poca y no le costaría ningún esfuerzo manejar las piezas. Pero tardaría demasiado tiempo en hacerlo; perdería mucho yendo continuamente de un lado a otro para repasar las soldaduras y hacer las comprobaciones.

Hoondrich sonrió.

-Tiempo es lo que sobra -dijo.

Edward no adivinó en un principio el significado de aquellas palabras. Y cuando quiso adivinarlo era ya demasiado tarde. El otro actuó por sorpresa, imprevisiblemente. De repente, se lanzó contra él. Su mano fue rápidamente en busca del cinto de Edward. Y cuando éste quiso darse cuenta, Hoondrich le apuntaba ya con su propia pistola.

Edward sintió que una oleada de sangre le subía a la cabeza. Demasiado tarde ya, comprendió que el otro le había engañado, se había burlado de él desde un principio.

-¿Qué es lo que pretende? -murmuró, con los labios prietos, creyendo adivinar los planes del otro.

-Nada -Hoondrich estaba tranquilo-. Sólo hacer que regrese al interior de la nave. Una cosa bien sencilla.

-Está usted loco si pretende destruir deliberadamente nuestra única posibilidad de volver a la Tierra, Hoondrich. Aunque quiera escapar del jurado que le aguarde allá, no escapará de la muerte. Es estúpido condenar a todos los demás pasajeros inútilmente, por el solo afán de no morir solo.

-Me sorprende oírle esas palabras, capitán. No soy tan idiota; sé que no lograría nada causando nuevos daños a la nave. Y como dice usted muy bien, no soy tan estúpido como para condenar a todos los pasajeros a fin de no morir solo.

-Entonces, ¿qué es lo que pretende?

-Terminar yo solo este trabajo.

-¿Está loco? Esto es tanto como decir que quiere suicidarse.

-Exacto, capitán. Pero se suicidará sólo una persona, no dos. Regrese a la nave; yo puedo arreglármelas solo.

-No tengo por qué recibir órdenes de usted, Hoondrich. Quien manda aquí soy yo.

-No ante la amenaza de una pistola. He obrado como un cobarde, capitán, lo reconozco. Como un estúpido cobarde. Primero al hacer lo que hice, y después al dudar de ponerlo en su conocimiento. Cuando viramos en socorro de la otra nave, hubiera podido advertirle de lo que iba a pasar; sabía que la explosión se produciría de todos modos. Pero no lo hice. Pensé que aquello sería declararme abiertamente culpable de lo que había hecho, que cuando llegáramos, a la Tierra se entablaría contra mí proceso por sabotaje... Tuve miedo y callé. Pensé que al fin y al cabo la explosión lo único que haría sería inutilizar los motores, que podríamos regresar a la Tierra. Luego supe la verdad... Y allí en la celda, encerrado, tuve tiempo de pensar y comprendí mi enorme estupidez y mi insensato egoísmo. Luego me enteré de que podríamos regresar a la Tierra. Y de nuevo volví a pensar en el juicio contra mí, en las acusaciones, en la reputación que se derrumbaría, en todo el mundo señalándome con el dedo, como un malhechor declarado... Era algo que no podría sufrir.

-¿Y por eso intenta hacerlo solo?

-¿Y por qué no, si con ello ayudo a rehacer lo que yo mismo destruí? ¿Por qué no, si con ello le salvo la vida? Si trabajamos los dos, los dos seremos afectados por las radiaciones. Lo sé, conozco perfectamente el caso. Quizás no muramos, pero quedaremos lisiados para toda la vida. Usted no puede morir, capitán. Usted no puede perder en nada energías; se necesitan hombres como usted en el mundo. Yo soy el principal responsable, el único responsable en origen de lo que ha sucedido. Yo soy quien tiene que realizar este trabajo. Yo soy quien, en todo caso, ha de morir.

-¿Cree que esto le rehabilitará a los ojos de los demás?

-No, y no me importa. Le he dicho que soy un hombre cobarde, egoísta. Y sigo siéndolo. Si procedo así es en gran parte por propio egoísmo. No quiero ver lo que dirá de mí la Tierra cuando se conozca lo que hice. Las personas que, como yo, estamos encumbradas muy alto, hacemos mucho ruido al caer. Un ruido que todo el mundo oye; un ruido que nosotros no podemos soportar. Por eso quiero evitar ver por mí mismo mi caída. No quiero regresar a la Tierra, capitán. Y éste es el mejor modo de oponerme.

-No estoy dispuesto a consentirlo.

-¿Quiere tener la satisfacción de entregarme a un tribunal de la Tierra? ¿Tanto odio me tiene?

-No, Hoondrich, no le odio. Pero tampoco quiero que se mate inútilmente.

-No sea estúpido, capitán. Sabe que no moriré inútilmente. Desde la sala de mandos usted puede dirigirme. Puede indicarme lo que hago bien y lo que hago mal, corregirme, marcarme lo que tengo que hacer y el mejor modo de hacerlo... Usted sabe que lo más importante es reparar la avería, ¿no? Los medios importan poco. Entonces regrese a la nave y déjeme trabajar a mí. ¿O es que acaso quiere hacerse el héroe?

-No, Hoondrich. No quiero hacerme el héroe, por el sencillo motivo de que no soy ningún héroe. Está bien, usted gana. Es una locura lo que va a hacer, pero una locura en cierto modo disculpable. Pero vaya con cuidado. Piense que, por sobre su vida, lo más importante es que el reactor quede listo para funcionar. Esto va sobre todo lo demás.

-No se preocupe, lo haré. Usted limítese a dirigirme y hacerme las correcciones necesarias desde la nave.

-Está bien. Suerte.

Dio media vuelta. Sabía que era inútil intentar convencer a Hoondrich, y por eso no habló más. Por otra parte, comprendía al hombre. Llegó hasta la esclusa, y se metió por ella.

Los rayos ultravioletas aún no habían empezado a actuar en su cuerpo, su exposición a ellos había sido demasiado breve. Se despojó del traje hermético, y lo colgó en su sitio. Shutters y unos cuantos oficiales más, que habían seguido la escena desde la pantalla de la cámara de mandos, acudieron rápidamente a su encuentro.

-¿Qué ha sucedido? -inquirió el segundo de a bordo.

Edward les hizo un sucinto relato. Cuando terminó, Shutters movió la cabeza dubitativamente.

-Creo que este hombre se ha vuelto loco -fue su comentario.

-Yo no lo creo así -respondió Edward- Al contrario. Creo que, por primera vez desde que inició el viaje, ha recobrado su lucidez.

* * *

Fueron siete horas de ansiedad, de angustia. Hoondrich, en el casco de la astronave, trabajaba sin descanso, con denodadas energías. Edward le iba haciendo las indicaciones precisas de lo que debía hacer y cómo debía hacerlo a través de la radio conectada con su traje espacial. Y el otro, en el exterior, trabajaba, volviendo a colocar el puente en rigidez, soldando las partes débiles y reforzando la estructura...

Loma Hoondrich, al saber lo sucedido, había acudido rápidamente a la cámara de mandos. A través de la pantalla, contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos la figura de su padre, grotesco muñeco enfundado en un grueso traje espacial, trabajando, moviéndose con torpes movimientos...

A las cinco horas su energía empezó a decaer. Sus movimientos empezaron a volverse vacilantes, lentos, más torpes por momentos. Sin embargo, el trabajo estaba casi terminado. Tan sólo faltaba soldar los refuerzos. Los instrumentos de medida indicaban que el reactor estaba colocado en la posición debida, Sólo un esfuerzo...

-¿Se encuentra bien? -inquirió Edward a través de la radio.

La respuesta de Hoondrich le llegó débil pero decidida:

-No se preocupe, capitán. Lo terminaré.

Pasaron una hora y media más. Los últimos movimientos de Hoondrich eran imprecisos, torpes. Parecía como si estuviera borracho.

Edward comprendió que no podría terminar; las fuerzas le fallaban. No dudó ni un segundo. Dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la salida de la cámara.

Lorna Hoondrich le sujetó por un brazo:

-¿A dónde va?

-A ayudar a su padre; él no lo podrá terminar. Y es preciso que esto se acabe.

Volvió a vestir el traje espacial, y salió de nuevo al exterior. Hoondrich, de rodillas, hacía una de las últimas soldaduras, con mano incierta. Edward le arrebató el soplete de vacío, y continuó su trabajo.

-Lo... lo siento -oyó imprecisa la voz del otro-. Creí... creí que podría llegar hasta el final.

-No se preocupe; yo lo terminaré.

Fueron sólo veinte minutos de trabajo. Luego, ya todo quedó listo. Desde la cámara de mandos se realizó una prueba de solidez, que dio los resultados deseados. Abandonando la caja de herramientas sobre el casco, puesto que ya no la necesitaban, Edward tomó el cuerpo de Hoondrich entre sus brazos y lo arrastró hacia la escotilla de entrada. Con gran esfuerzo lo metió por ella, y cerró la compuerta a sus espaldas. Poco después, en el interior, se despojaba de su traje de vacío, mientras Shutters, Lorna Hoondrich y un par de hombres más hacían lo mismo con el otro.

Edward intentó hacer que la muchacha se apartara de allí, pero no lo consiguió. El traje espacial fue quitado a Hoondrich, y la muchacha no pudo evitar dejar escapar un grito al contemplar el cuerpo de su padre.

Verdaderamente, el aspecto del hombre no era demasiado agradable. Los rayos ultravioleta habían hecho su efecto a conciencia, quemando la piel y convirtiendo su superficie en un hervidero de ampollas. El rostro de Hoondrich parecía casi una máscara, con los párpados hinchados, los ojos casi cerrados y las mejillas llenas de ampollas. Su piel presentaba un intenso color rojizo, y su rostro evidenciaba el sufrimiento. Sin embargo, aún pudo forzar una sonrisa cuando sus ojos casi cegados se posaron en su hija,

-Lo siento, Lorna -murmuró débilmente-. Cometí una estupidez. Me equivoqué; ahora lo veo claro. Siento... siento lo que te dije en la cámara y... yo...

Cerró los ojos. Edward se acercó por detrás a la muchacha, y la obligó

a apartarse. Ella volvió hacia él sus ojos, formulándole una muda pregunta, que Edward comprendió. Movió negativamente la cabeza.

-Lo siento -respondió-. No, no hay nada que hacer. Él lo sabía cuando salimos al exterior. Por eso me hizo regresar a la nave; comprendió que sacrificándose uno el otro podría salvarse, y él se sacrificó. En el último instante comprendió la magnitud del daño que había hecho, e intentó repararlo.

Volvió la vista hacia atrás.

-Él nos arrastró a esta situación -murmuró-. Pero en el fondo él ha sido también el que nos ha salvado.

* * *

Cuatro horas y veintitrés revoluciones en torno al planeta después, la nave se preparaba para emprender la segunda parte de su viaje de regreso.

Era necesario tan sólo un impulso inicial. Un suplemento de velocidad que les arrancara de la órbita a la que estaban atados, lanzándoles hacia adelante en el momento adecuado. Un golpe de energía dado simultáneamente por todos los seis cohetes auxiliares en el momento en que la proa de la nave apuntara hacia la Tierra...

Edward, sentado ante el panel de mandos, esperaba el momento. El reloj, frente a él, iba desgranando los segundos que faltaban para el momento: cuatro, tres, dos, uno... ¡Cero!

Un impulso de energía. La, nave sufrió una brusca aceleración. Su velocidad superó el poder de atracción del planeta. Y la nave escapó de su órbita, con la proa apuntando hacia la Tierra.

Su regreso comenzaba...

Poco tiempo después, la órbita calculada por el piloto señalaba exactamente la nueva ruta de la nave. Ésta le conduciría, si la seguían indefinidamente, hasta llegar a cruzar la órbita de la Tierra a una distancia de setecientos millones de kilómetros del planeta. Pero antes se encontraban los asteroides, un obstáculo que ellos solos no podían salvar. Aquél sería el fin de su viaje. Naves de socorro acudirían en su ayuda, evitando que la «Osterwold» fuera a estrellarse contra los «pedruscos». Lanzarían cables de remolque, y usando sus fuerzas contrapuestas detendrían su marcha antes de que llegara a ellos. Luego la remolcarían hasta su destino, hasta, la Tierra. Y ellos, sus tripulantes, su pasaje, todos, se encontrarían definitivamente a salvo.

Lorna Hoondrich penetró en la habitación. Hacía pocas horas que su padre había muerto, después de haberle sido inyectada varias veces morfina a fin de aliviar sus dolores. Pero en el fondo, no estaba triste por ello. Había sido antes, cuando había conocido la verdadera naturaleza de Hoondrich, cuando verdaderamente lo había perdido. Ahora, al contrario, casi parecía que lo había recuperado de nuevo. Había vuelto a ser el de antes, en los últimos momentos. Y eso anulaba en parte el dolor de su muerte.

Recordaba las palabras que dijera Edward, después que regresaran de la reparación:

-Nunca las personas son enteramente buenas o enteramente malas en el fondo. Siempre en su carácter se juntan las dos cualidades, y a veces la falsa llega a cubrir la verdadera. Una persona puede vivir obcecada por alguna idea, por algún afán, por algún estímulo erróneo, pero al final termina siempre venciendo su propia naturaleza. Hoondrich era bueno. El poder y la riqueza de que disfrutaba lo habían vuelto loco de afanes; pero al final supo recobrar su verdadera personalidad. Y con ello se redimió de todas sus faltas.

Edward volvió la vista hacia la muchacha, y sonrió. Él tampoco había escapado indemne de los rayos ultravioleta en su salida al espacio, aunque su parte se había limitado a un simple escozor e irritación de la piel, junto con numerosas manchas rojas por todo el cuerpo, leve principio de ampollas. Pero aquello no era importante, en un par de meses habría desaparecido. Y todo seguiría entonces igual que antes.

La muchacha se acercó a él, y Edward, casi sin darse cuenta, la enlazó por la cintura. Dirigiéndose a Hilmax, el radiotelegrafista, que había vuelto a ocupar su puesto, indicó:

-Lance un mensaje ininterrumpido en dirección a la Tierra. Un mensaje de socorro. Indique nuestra situación, nuestra órbita y haga un sucinto relato de lo ocurrido. Indíqueles también que hemos agotado toda, la energía y que es preciso que varias naves remolcadoras detengan nuestra marcha antes de la llegada de los asteroides. Que en ello confiamos.

Hilmax asintió, Edward dirigió su vista hacia el mapa espacial, donde la anterior ruta había sido sustituida por un nuevo trazo que indicaba su trayectoria actual, cuyo final era la Tierra. Sonrió. Da gusto, pensó, después de haber estado a punto de realizar un viaje sin retorno al infinito, saber que al final de éste se va a encontrar al fin algo conocido, algo querido y apreciado,

algo que todos deseamos ver.

Sobre todo cuando este algo es la Tierra...

FIN

INDICE

200

La astronave «Alpha Persei» salió de la Tierra con un cargamento de presidiarios con destino a las colonias del otro lado de la Galaxia. Sin embargo su viaje iba a tener un fin inesperado...

Así se inicia la novela, obra cumbre de la fértil imaginación de uno de los autores más leídos:

V. A. CARTER

Que les presentamos bajo el título de

CARGAMENTO PARA EL INFIERNO

¡No deje de leerla! Usted ya se extasió con otras insuperables producciones de este mago de la «science-fiction» que le hemos presentado con anterioridad. Pero es que

CARGAMENTO PARA EL INFIERNO

las supera a todas en emoción, intriga y desenlace inesperado.

¡Compruébelo adquiriendo el próximo número de esta Colección!

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio: **6** pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As. $ 10 m./n.

Notes



Los rayos ultravioletas provienen del Sol y, aunque considerablemente reducidos en su potencia por la atmósfera, llegan incluso a la superficie de la Tierra. Ellos son los causantes de que, cuando una persona está demasiado tiempo expuesta a la crudeza de los rayos solares, llegue a sufrir incluso grandes quemaduras en la piel y se vea afectado por lo que corrientemente llamamos insolación. En el espacio, esos rayos, sin la protección del filtro de la atmósfera, son mucho más intensos, necesitándose una mayor protección. (N. del A.).